

“Todo puede ser de otra manera” - Relatos de jóvenes en pandemia

“Todo puede ser de otra manera”

Relatos de jóvenes en pandemia



Edición gratuita



Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la autorización previa y por escrito de los titulares.

Defensoría del Pueblo de la Provincia de Córdoba
Todo puede ser de otra manera : relatos de jóvenes en pandemia /
1a ed. - Córdoba : Defensoría del Pueblo de la Provincia de Córdoba,
2021.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-98459-4-3

1. Literatura Argentina. 2. Literatura Juvenil. I. Título.

CDD A860.9283

MENCIONES

DEFENSOR DEL PUEBLO

Mario Alberto Decara

DEFENSOR DEL PUEBLO ADJUNTO

Hugo Pozzi

AUTORIDAD DEL ÁREA PASANTÍAS Y PRÁCTICAS DEFENSOR DEL
PUEBLO DE LA PROVINCIA DE CÓRDOBA:

Gabriela Magris

ORGANIZADORES DEL CONCURSO LITERARIO-FILOSÓFICO
"TODO PUEDE SER OTRA MANERA":

Mailén Araoz

Claudia Filippi

Lautaro Mansilla

Germán Romero

JURADO:

Laura Castagno:

Especialista en literatura juvenil e infantil. Profesora y licenciada en Lengua y Literatura española, Latín y Griego.

Lautaro Mansilla:

Profesor de Filosofía. Escritor. Facilitador de Biodanza. Integrante Área Prácticas y Pasantías del Defensor del Pueblo de la Provincia de Córdoba.

Mariana Picó:

Licenciada en Letras Modernas, tallerista, correctora y editora literaria.

Francisco Hernández Piotti:

Escritor, dramaturgo, tallerista de teatro.

INTRODUCCIÓN

El año 2020 significó un profundo cambio para la vida de las personas en todo el mundo, también en nuestro país. El impacto de la pandemia, las decisiones gubernamentales para proteger a la ciudadanía, aislamiento, distanciamiento, educación virtual, trabajo remoto, tuvo distintas consecuencias y seguramente muchas de ellas aún no las conocemos.

Desde la Institución, las áreas tuvieron que adaptar su funcionamiento y así el Programa de Pasantías y Prácticas puso en marcha una nueva actividad.

Este libro es resultado de la primera edición del Concurso "Todo puede ser de otra manera". Está compuesto por escritos literarios y filosóficos de jóvenes de nuestra provincia en el contexto de la pandemia provocada por el Covid 19.

Con la propuesta se buscó promover entre las/los jóvenes el ejercicio de la pregunta, el pensamiento crítico, la escritura creativa sobre el tema que envolvió el año 2020: la pandemia.

La convocatoria se hizo abierta y masiva, con más de 450 jóvenes de toda la provincia que se animaron a compartir su manera de pensar el mundo a través de la escritura.

Promover el reconocimiento de jóvenes y adolescentes como sujetos de derecho, con ideas y voces propias y su libre expresión, es una decisión en el accionar de mi gestión al frente la Defensoría y requiere de creatividad para la apertura de nuevos y más espacios donde la juventud sea protagonista, que creo se ha logrado plasmar en esta propuesta.

El libro que van a recorrer es la recopilación de veinticinco textos de dicho concurso, los cinco ganadores y veinte menciones especiales seleccionadas por el jurado. Es un testimonio valioso que nos da la certeza de que la fuerza y la sensibilidad transformadora de la juventud está entre nosotros/as. Solo tenemos que escucharla.

Mario A. Decara
Defensor del Pueblo de la
Provincia de Córdoba

PRÓLOGO

La voz joven es distinta. Combina cosas que parecen imposibles de mezclar: la pasión, la indiferencia, el amor, el pesimismo, el humor, la tristeza, la profundidad, lo ingenuo, lo fresco y lo denso. No obedece reglas. Dice. Dice sin preguntar cómo se dice. Dice como siente: explosivamente, con esa confianza en lo nuevo. Porque... ¿qué es la juventud si no la posibilidad de lo nuevo? Y, al mismo tiempo, la puesta en evidencia de lo obsoleto, lo que fracasa, lo desactual, lo innecesario, lo violento. La juventud como una sana irreverencia ante lo que nos hace mal, pero que damos por hecho. La juventud como la oportunidad de ver otros pedazos del mundo –tal vez más sanos–, otras formas de amar, de sentir, de pensar, de vincularnos, de escribir.

Todo eso hay en este libro. Cuentos, reflexiones, pequeños ensayos, textos filosóficos que tienen amores comunes: esas danzas que nunca terminan entre el placer y el dolor, la duda y la incansable pregunta, lo visible y lo invisible, el miedo y la esperanza. Textos jóvenes. Textos hechos de esa juventud. Repletos de esa juventud en sus personajes, en sus ideas, en su humor, en su pesar y en su liviandad. Textos que muestran que no todo es como parece y que hay una voz con ganas de ser escuchada: la voz de escritores que recién están naciendo y que no por eso dicen menos o peor.

Escritores que hicieron de la pandemia una inspiración más que una tragedia. Como alquimistas que fundieron el barbijo, la muerte, el distanciamiento y el encierro en una certeza que a través de este libro nos es regalada: la certeza de que todo puede ser de otra manera.

Laura Castagno

Lautaro Mansilla

Mariana Picó

Francisco Hernández Piotti

"TODO PUEDE SER DE OTRA MENERA"

Relatos de jóvenes en pandemia

VALS EN JAZZ MENOR

Valentina Gutman Tolosa..... 1

DIÁLOGOS PANDÉMICOS

María del Rosario Galíndez..... 5

INCENDIO PAMPEANO

Malena Lucía Gilli..... 10

LA VENTANA

María Eva Chandia Giupponi..... 14

¿CONDENADOS?

Samuel Araya..... 18

ESCAPADA

Ana Paula Malvido..... 23

QUEDARÁ EN MÍ

Julieta Abellaneda..... 26

EL DEPREDADOR DE LA HUMANIDAD

Mora Ocampo Perracini..... 29

DISQUISICIONES ALREDEDOR DE UN MUNDO PATAS PARA ARRIBA

Chiara Chialvo..... 33

LA PANDEMIA: UN DESPERTAR DE NUEVAS PERCEPCIONES

María Jazmín Maranguello..... 38

LAPSUS

Santiago Ferrari..... 43

LA VERDADERA PANDEMIA

Noah Paz..... 45

FRÍA INDIFERENCIA	
<i>Luisina Malena Alipandri</i>	50
C'EST LA VIE, C'EST LA MORT	
<i>Stefanía Roque Arbach</i>	54
CHOQUE DE PASIONES SIN VOS	
<i>Sofía Zabala</i>	58
CRISTALES	
<i>Victoria Vercellone</i>	61
FRAGMENTOS DE UN DIARIO EN CUARENTENA	
<i>Tomás Lucero</i>	64
LA PANDEMIA Y LA VISIBILIZACIÓN DE LOS INVISIBLES	
<i>Agostina Rosa, Camila Langlemey y María Camila Eguez</i>	68
LANZARSE ADELANTE	
<i>Emilio Poeta</i>	72
LOS TONOS GRISES	
<i>María Valentina Fernández</i>	77
NOS REINVENTÉ	
<i>Carmela Trejo Rodríguez</i>	80
PLOMO EN EL INFIERNILLO	
<i>Elías González Basualdo</i>	83
¿QUÉ LES CONTARÉ?	
<i>Wanda Abril Martínez</i>	89
RELATOS DE UNA PANDEMIA	
<i>Luna María Badra</i>	94
TUTORIAL GUIADO PARA SOBREVIVIR A UNA PANDEMIA	
<i>Matilde Ferrer</i>	98

VALS EN JAZZ MENOR

Valentina Gutman Tolosa

Me había criado en la diferencia. Ella y yo veníamos de ese recóndito rincón en algún pueblo jamás encontrado y, juntas, soñábamos en chiquito, porque nos gustaba lustrar el sentido de la avaricia y darle una vuelta de tuerca: queríamos acumular esperanzas, sin que nos bastaran las miles que ya teníamos.

Mi abuela no era normal. No era ni de esas amargas ni de esas dulzonas. Mi abuela... era mi abuela. ¿Cómo se describe a una abuela? No sé, no sé, ¡qué sé yo! Era una vieja de ochenta y pico de años, bien encorvada, de pelo teñido y arrugas infinitas, que nunca había viajado, que nunca había tenido y que nunca, nunca, nunca, había avanzado. Nunca había esperado mucho de nada ni de nadie. Ella no me enseñó a caminar. No me preparó nunca para salir adelante, para enfrentar la vida con esperanzas. Y, cada vez que decía: "cuando yo no esté...", no intentaba tranquilizarme.

Ella se quería ir. No le importábamos ni yo, ni la mami, ni el Jorgito. Ni su *pug*, Zeus. Nadie.

Una vez le pregunté qué tenía que hacer el día en que se fuera. Hacía calor, era diciembre. Estábamos en el velorio de una de sus amigas de Catamarca. Ella no sabía a quién habíamos ido a despedir, así que yo me ocupé de convencerla de que quien había muerto era su exmarido, para hacerla reír muy bajito. Charlábamos sentadas en unas sillas de plástico blanco, comiendo sándwiches de miga y tomando Fanta. Abrió la boca y, sin tener ni un poquito de vergüenza, se sacó la dentadura. Los dedos se le enredaron hasta que pudo guardársela en la cartera, adentro de una cajita de metal ya algo oxidada. Revoleó los ojos fijándose qué hora era en el enorme reloj negro y de madera que había en una de las paredes. Después, parpadeó varias veces, quizás acordándose de que yo le había hecho una pregunta. Y me miró.

-¿Cómo dijo?

-Cuando usted se vaya, ¿qué hago?

-Lo que quiera.

Tomé más Fanta. No me gustaba la de limón.

-Entonces... ¿puedo desenterrarla?

-¡Ay! Qué dice. Cuando una muere pierde la elegancia, no vaya a dejarme en una vitrina como esas momias de tres mil años. Tenga la delicadeza de pintarme un poco. Que no se me vean los calzones.

–Pero... ¿qué hago, si no?

–Cuando me muera, ponga música con ese Yutú, en el televisor...

–¿En el celu?

–Sí. Ponga Billie Holiday... *Blue Moon*.

–¿Y qué hago cuando se acabe la canción? ¿Pongo otra?

–¡Ay, hija! No, le estoy diciendo que ponga *Blue Moon*. Cuando se acabe, vuelva al principio, hasta que todo el mundo se vaya y quede yo sola en mi cajón. Hágalo las veces que sean necesarias, pero no pase a otra canción. Yo quiero esa, nada más. Soy una mujer sencilla.

No. Ella era abstractamente sencilla. A veces, lo parecía; otras, ni se acercaba.

En el dos mil veinte, falleció. Era un agosto ventoso cuando se fue. No pudimos velarla. No pude poner en mi tele *Blue Moon* ni repetir la canción las veces que fueran necesarias. No pude darle un beso en la nariz ni saber si llovía, afuera o adentro, entre mi cabeza y mi corazón. No supe si extrañar o esperar. Y no pude entender adónde se había ido, porque era atea; pero, por ella, agnóstica o creyente. ¿Dónde quedaba el Limbo o el Cielo? ¿Eran prados? A mi abuela la ponía nerviosa el color verde, le gustaba más el gris pavimento.

Ella era todo lo que se menospreciaba.

Era ciudad y no campo. Era impaciencia y no paz. Gris, no color. Tierra, no cielo. Ruido, no silencio.

Me había enseñado que estaba bien querer retroceder, que el discurso de seguir adelante dolía y que para el futuro ya había tiempo. Que no viviera como si fuese el último día y que, si lo era, bueno. Lo era. Las cosas se daban hasta que dejaban de ser. Listo.

Hacía meses que no la abrazaba. Podía verla de lejos, a dos metros y un poco más, con un feísimo barbijo quirúrgico; podía ordenarle sus pastillas, no sin antes desinfectarme de arriba abajo. Afuera, no hacía calor. Hacía pandemia.

Fue uno de esos días en el que me fui de su casa sin saber que nunca más entraría para saludarla, para intentar acercarme medio centímetro más,

para pensar una historia que contarle. Y yo que estaba esperando a que ese virus tan de mierda se fuera. Estaba esperando ese momento para poder acercarme a mi abuela y abrazarla con fuerza y amor y mostrarle *Blue Moon* en Youtube cuarenta mil veces. Yo quería eso, nada más.

De ahí en más pasé días sin comer. En mi cabeza de adolescente, en mi corazón de nieta, no me quedaban razones para avanzar. No escuchaba otra cosa que *jazz*. Y no *jazz*, sino Billie Holliday. ¡Y no Holliday!, sino *Blue Moon*.

Yo quería volver atrás. Eso era. Quería ir unos meses antes y mimar a esa vieja loca y desaliñada. Quería contarle que viviría algo parecido a la Gripe Española y que a ella, que tanto le gustaba estudiar pandemias y epidemias, seguro le interesaría. Quería contarle que su *jazz* ya ni tenía ritmo, ya no era un vozarrón vibrando junto con instrumentos y adornos, sino alaridos entonados y rasposos y trompetas y ruido y desesperación.

Pero que, dentro de todo, sin distinguir si llovía adentro o afuera, si el canto era melodía o llanto, si la batería era ritmo o golpe... yo, después de tanto tiempo, encontré mi ritmo. Era el mío. Y no me hacía falta avanzar. Yo había construido un presente sin futuros por delante en base a mirar para atrás y pensar: "Pucha. Quiero volver." Que yo ya no bailaba lo que era. No bailaba *jazz* en cinco cuartos, sino en tres tiempos, como un vals. Que ahora la vida, sí, era horrible; era pesada, tediosa, deprimente; era lenta y, de a ratos, rápida. Y que mi *jazz*, al igual que mi historia, se había desacomodado tanto que había terminado bailando y viviendo otra cosa, como podía.

Era mi *jazz* en vals menor. Y esa pandemia no me había hecho pensar en nada. No había sacado ni mi mejor ni mi peor lado. Todo el mundo estaba enfermo porque nadie tenía una abuela como la mía, que preparaba para lo peor y no para lo mejor. Una abuela que quería irse sin dejar más que una canción que enseñó a llorar y a lamentar. Qué futuros hay que hasta los fines son futuros. Pero el pasado sana, y volver a él desacomoda y reconstruye.

Afuera hacía pandemia. Y yo no necesitaba rogarle a nadie un fin, porque futuros me sobraban y no hacían falta. Yo tenía una inconmensurable cantidad de esperanzas de volver, alguna vez, a bailar con mi abuela un *jazz* sin tener que transformarlo en vals.

DIÁLOGOS PANDÉMICOS

María del Rosario Galíndez

–¿Qué es *cuarentena*?

No sé qué le picó para que se le ocurra hacerme esta pregunta cuando estamos viendo *Valiente*, pero, si no le respondo, me va a hacer la vida imposible.

–Es una medida que los adultos toman para evitar que un virus se extienda, algo así como quedarse en casa hasta que el peligro pase.

–¿Pero para qué?

Esta vez no entendí la pregunta. ¿No la había contestado recién? Ojalá mamá estuviera en casa, ella siempre sabe qué decirle.

–Bueno, creo que es para que no todo el mundo se contagie y enferme.

–¿Y para qué sirve la cuarentena?

No sé mucho más que lo que dije, pero no se va a conformar con eso. Así que busco darle otro sentido.

–¿Viste que vamos a estar en casa por unas semanas? Bueno, vamos a tener mucho tiempo libre, así que podemos usar la cuarentena para aprender muchas cosas.

–Pero no estás yendo a tu cole, ¿cómo vas a aprender?

–Hay más cosas que el cole. Y me van a mandar la tarea a casa, así que también voy a seguir el cole.

–¿Qué otras cosas?

–Bueno, puedo aprender a cocinar, como mamá siempre insiste, o a bailar o a dibujar. O puedo leer... no sé, supongo que de todo un poco.

Parece que esta respuesta la conforma. Seguimos viendo la película en silencio por un rato, pero no mucho, porque vuelve a la carga.

–¿Mamá se va a morir?

–¿Qué? ¿De dónde sacaste eso? –logro decir sin tartamudear, completamente sorprendida por una conclusión tan... ridícula, supongo, y fuera de lugar.

–En la tele están diciendo que hay un montón de personas que se mueren por salir de su casa, y mamá sale de casa todos los días.

La calma con la que dice todo, como si no estuviera hablando de la posible muerte de mamá, me desconcierta. Solo se filtra curiosidad en su voz, y no estoy segura de qué tengo que hacer.

–No. Ella es enfermera, así que está ayudando a los enfermos; pero no te preocupes, de ninguna forma va a morir.

Se queda callada un rato más, pero ahora no puedo concentrarme en la escena. Me pone nerviosa no saber con qué puede salir después.

–¿Y qué es la muerte?

Silencio. Definitivamente no estoy preparada para esto. ¿Qué se supone que le diga a una chica de cinco años? Parece que me tomo mucho tiempo para pensar, porque insiste:

–¿Qué es la muerte?

–Es lo opuesto a vida, es el cese de la existencia en forma física. Cuando el cuerpo muere, el alma se conserva y va al cielo, como el perro de la tía Beba, ¿te acordás? –decido darle una respuesta ligeramente complicada para que, tal vez de este modo, se quede satisfecha; pero parece que no tengo éxito.

–¿Y qué es el alma?

Esto definitivamente está fuera de mis límites.

–Dejá de preguntarme cosas tan difíciles, porque no sé y me estás distrayendo de la película. No tengo tiempo para tus preguntas tontas –prácticamente le grito; soy temperamental y estoy frustrada por no saber qué decir.

Ella se queda quieta, pero no parece enojada conmigo, sino más bien pensativa. En el fondo sé que sus preguntas no son tontas, pero no me gusta no saber qué decirle.

En un momento parece que va a decir algo, pero lo piensa mejor y se calla. Parece que le sigue dando vueltas al asunto, porque pregunta de nuevo.

–¿Por qué no tenés tiempo? ¿No dijiste que, por la cuarentena, todos iban a tener más tiempo? ¿Cómo se tiene el tiempo? –lanza una tras otra, y, como me siento culpable por mi estallido, intento buscar alguna respuesta satisfactoria.

A estas alturas, no dudo de que los mejores filósofos probablemente lo fueron porque tuvieron una hermanita menor tan curiosa como la mía.

-No creo que sea exactamente *tener* el tiempo. Es más bien vivir en el tiempo, y cuando usamos esa expresión significa que, en esta vivencia dentro de él, no tenemos nada más urgente que hacer y tenemos cierta libertad hasta que algo más venga a nuestro horario. Pero a lo que me refiero con que "no tengo tiempo" es que ahora hay otras cosas que estoy haciendo, antes que solo responder tus preguntas. Y lo que dije sobre "tener más tiempo en la cuarentena" es algo distinto, más bien de largo plazo, no algo específico de este momento.

Como ya no puedo concentrarme en la tele, la apago. Ella parece procesar lo que dije, y, sinceramente, yo también. Ni sé lo que dije o de dónde salió eso.

-¿Cómo sabés qué es urgente? ¿Es más urgente ver una peli que hablar conmigo? ¿Y cuándo empieza el plazo largo y termina el corto?

-Todo el mundo tiene cosas que debe hacer y otras que quiere, y supongo que cada uno establece cuáles son sus prioridades. No es que una peli sea más importante que vos. Simplemente, no tenía ganas en el momento y prioricé mi confort a satisfacer tu curiosidad... que, supongo, no estuvo bien de mi parte -ahí va, es lo más cercano a una disculpa que va a oír de mí. Después de todo, ahora le estoy respondiendo, ¿no?-. Y lo de corto y largo plazo, no sé cómo decirlo bien, es algo sobre la percepción del tiempo.

-¿Qué es esa percepción?

Intento ganar algo de tiempo mirando mi reloj. Mamá tendría que estar llegando de un momento a otro, y voy a poder delegar la obligación de satisfacer su aparentemente insaciable curiosidad. Le digo que, como no sé, tengo que buscar el diccionario. Sería más fácil ir a Google, pero es demasiado fácil para mi gusto. Si la dejo un rato, tal vez se calme. Pero lo que encuentro, después de dar todas las vueltas que se me ocurren, sin parecer sospechosa, no me sirve. ¿Qué demonios significaría para una chica "primer conocimiento de una cosa por medio de las impresiones que comunican los sentidos"? Ni yo lo entiendo. Así que tengo que ingeniármelas con lo que tengo.

-Bueno, la percepción es el punto de vista. En esto de la percepción del tiempo, el tiempo realmente no cambia. ¿Viste que, a veces, sentís que el tiempo va más rápido o más lento? En realidad sos vos la que cambia. Es como lo que sabemos... un reflejo en el espejo de la realidad. Según lo que vos sos, o sabés, entre otras cosas, vas a sentir de una forma distinta a una persona a tu lado.

–¿Qué es *realidad*?¿Cómo sabés lo que es real?

Ahora, esta pregunta no me molesta. No es porque sepa la respuesta; es que, finalmente, escucho el milagroso sonido de las llaves en la puerta.

–Ma, Clarita te quiere preguntar algo –le grito y me escapo, sin una pizca de culpa por lo que dejo atrás.

INCENDIO PAMPEANO

Malena Lucía Gilli

El calor era inhumano y sentía que me estaba volviendo claustrofóbico. No tenía ni un mísero aire acondicionado en alguna habitación de la casa y el piso de cemento del comedor se estaba resquebrajando. "¿Cómo puede ser que todavía no tenga baldosas?", hubiese dicho mi vieja de haberlo visto. Pero no está acá, y dudo que vaya a estar en algún momento. Ella siempre odió el pueblo. Cuando nos mudamos, puso el grito en el cielo, exclamó que era una pocilga en medio de una pampa pelada donde la modernidad todavía no había llegado. No sé qué esperaba que pasase después de su discurso sobre campesinos sin títulos y niños pueblerinos sin futuro. ¿Que, mágicamente, Juana y yo decidiésemos cancelar todos nuestros planes para quedarnos a criar a Ana en su departamento de 5 habitaciones? Evidentemente, eso no pasó, aunque por momentos de reflexión pienso que hubiese sido más fácil quedarnos ahí. Hubiese sido todavía más fácil no haber tenido una hija, no haberme casado, haberme quedado para siempre en el departamento citchado y gris de mi vieja, con el aire acondicionado nuevo comprado con su jubilación. Este último pensamiento no era en serio, pertenecía al plano –que yo considero que tenemos todos los seres humanos– de las hipótesis, de esos simples "que hubiese pasado sí..." que pensamos solo porque pensar es gratis y que no defendemos a capa y espada, sino todo lo contrario.

Juana no lo tomó igual, o quizás mi planteo no fue dado en un contexto oportuno. De cualquier forma, no es esa la razón por la que se fue ni por la cual yo dejé que se fuera. Siendo sincero, no termino de encontrarle la razón a nada. Se fue, en medio de la situación actual, a quedarse en casa de una amiga; se fue en tren, cuando todavía no habían cortado la línea del tren, y yo no la acompañé hasta la estación. Se fue, en medio de una pandemia, con la bebé de 8 meses en brazos, y yo no le dije nada. Supongo que, a veces, la gente hace cosas que a simple vista no tienen justificación, como despreciar un cuarto con una hermosa alfombra limpia. Ahí es cuando te toman por loco, desagradecido o insensato. Pero, entonces, levantas un pequeño pliegue de la limpia alfombra y ves la suciedad, montones de pelusa, tierra, polvo. Algunos recientes, asquerosos, pero, sin embargo, tan nuevos como el sol sediento que amaneció hoy. Mientras que otros son viejos y llevan años adheridos, pegados a la alfombra y al suelo, casi convertidos en parte de esa tela. Cúmulos y cúmulos que alguien fue pateando allá abajo durante mucho tiempo, con el fin de no volver a ver nunca, sin haber pensado antes que esa mugre no iba a desaparecer y que, tarde o temprano, sería tanta que, aun sin tenerla frente a los ojos, se iba a oler. Ese olor putrefacto y ligeramente húmedo que no sentís en la punta de la nariz, sino en el fondo de la garganta, como si lo podrido no fuesen los problemas de antaño que empujaste bajo la alfombra, sino vos mismo.

No podría afirmar que Juana y yo estuviésemos podridos, pero capaz nos lanzamos demasiado pronto a todo –la casa, Anita, la mudanza, el casamiento–, sin haber arreglado antes cuentas pendientes, pensando que podríamos enfrentarlas juntos, bajo el cuento de que el amor todo lo puede. Evidentemente, no podés dejar nada en manos del amor. Mucho menos, tu matrimonio. Hoy, apenas 3 meses después, me parece la obiedad más grande de la tierra. Pero cuando recién me casé, sumergido bajo una lluvia de arroz de la mano de la chica más linda de toda mi promoción del secundario, pensaba diferente. Es increíble como unos pocos acontecimientos te pueden cambiar tanto. Mi yo de hace un año se burlaba de los católicos por dejar todo en manos de Dios, de algo que crearon ellos mismos, que no puede controlar su destino, sino que está, como propia creación humana, a la merced de su voluntad. Mi yo de hoy al mediodía, que está sentado en una reposera comiendo un pollo de la rotisería de la esquina, con apenas una bermuda para evitar derretirse y solo en medio de tanto caos, se da cuenta de que también dejó todo en manos de algo con las mismas características.

Las cuentas, las exparejas, el primer hijo; sinceramente, no sé. Un día todo se fue, el viento que ahora arrastra el polvillo por la calle de tierra se lo llevó; a los proyectos, a las sonrisas de buenos días y a la música. Dejó en medio una humareda arenosa, de esas que se te meten en los ojos y te rasguñan ligeramente los brazos con sus piedras diminutas cuando intentás atravesarlas. Ahora, Juana está en lo de una amiga que vive a unas 10 horas acá. Está con Ana, que observó toda la secuencia de ese día –desde su papá tomando un café en silencio hasta su mamá, con los ojos llorosos, armando una valija desgastada–; todo, con su mirada inquisitiva. Yo le dediqué una sonrisa y Juana la levantó en upa desde la sillita. Después, cruzaron el umbral, también en silencio. Me apoyé en el marco de la puerta mientras le decía “chau” con la mano; parecía una película muda. Ahora me acuerdo y me río de lo repentino que fue todo. Quizás, quién sabe, si me meto un poco más profundo en mi risa, como si caminase por el interior de una tubería hacia su principio, encontraría agua estancada, tristeza. Pero acabo de terminar el pollo con papas que le encargué al gordo del negocio, así que ya no tengo tiempo para filosofar sobre cloacas, porque, si no, capaz termine pegándome un tiro. Suficiente tengo con el agua estancada en la pileta de la cocina. Me voy a la cama. No es horario, pero anoche no pude pegar un ojo. Si tengo suerte, me voy a despertar antes de las 5 de la tarde y no voy desarmar tanto mi ciclo de sueño. Si me levanto antes de las 10 de la noche, podría ordenar un poco o limpiar los platos, porque esto se está convirtiendo en una pocilga.

Me costó advertir que la idea de despertarme antes de las 5 p. m. no había funcionado muy bien. Apenas abrí los ojos, no podía asimilar dónde estaba, sentía todo el cuerpo transpirado y las tablas de madera clavadas en la espalda. Tendría que cambiar el colchón, es como dormir arriba de un pedazo de plástico. Me di vuelta para mirar por la ventana y me quedé tildado, observando cómo el cielo se quemaba, o al menos eso fue lo primero que pensé. Era de un amarillo intenso; no uno natural de atardecer, sino como si alguien le hubiese esparcido pintura por encima. Era feo. Se parecía a esas fotografías de la sabana que tienen la saturación al máximo para hacer más sorprendente la imagen, esas que a Juana le parecen de mal gusto, esas que mamá tiene colgadas en el living. Pensé que, tal vez dormido, había descendido hasta el infierno y ahora ardería en llamas mirando ese paisaje apocalíptico. Después, salí al porche y una vecina que salía al mismo tiempo que yo me explicó lo del incendio. Nosotros no corríamos peligro, pero ahora el aire estaba más irrespirable que ayer y comenzaba a llover ceniza. Era obvio que con ese calor sofocante iba a terminar pasando algo de esto. La pampa, alta y lejana, ardía. Consumida por las llamas que la rodeaban y que se agrandaban a cada segundo, sin poder respirar y, probablemente, sin saber cómo salir de aquel encierro azaroso que primero la pulverizaría por dentro y después acabaría con sus restos chamuscados. Tuve lástima por ella, porque yo también me siento así.

La situación se alargó bastante tiempo hasta que el cielo se puso un poco más pálido; para entonces, ya eran las 3 de la tarde. La lluvia torrencial no empezó hasta dos horas después. Era una especie de milagro, porque hacía meses que no llovía de esa forma; seguramente, hasta llegaba a cumplirse un año completo. El agua cayendo arriba de la tierra seca medio impregnada por cenizas dio como resultado un desagradable olor a brasas mojadas. Pero a mí no me importó demasiado, así que llevé mi reposera al porche y me senté a observar los agitados alrededores mientras abría una lata de cerveza.

LA VENTANA

María Eva Chandia Giupponi

Pandemia. La palabra *pandemia* en todos lados. La pronuncian las radios, los diarios, los canales de televisión, las redes, los maestros, los vecinos, los amigos. La pandemia está en todos lados.

Virus casos muertos cuarentena pandemia virus casos muertos cuarentena pandemia virus casos muertos cuarentena pandemia virus casos muertos cuarentena pandemia virus casos muertos cuarentena pandemia virus casos muertos cuarentena pandemia virus casos muertos...

Han pasado días, han pasado personas... han muerto personas. Pasaron las semanas: "la cuarentena se extenderá por 15 días más", "aumento de casos", "se prolonga la cuarentena". Una noche, la televisión, con el volumen un poco bajo, muestra cadáveres tirados en las calles; otro canal muestra cifras altas. Cifras, números, personas... baldazo de agua fría. Conciencia del horror, lo llamaría. Suena demasiado fuerte. Es demasiado fuerte. Rostros desconocidos lloran a sus seres queridos, recostados sobre los adoquines de alguna vereda en Sudamérica. Imágenes no aptas para personas sensibles. Fosas comunes son cavadas en países vecinos. Bolsas negras con vidas que se fueron se amontonan en camiones.

Miro por mi ventana, no parece que las cosas hayan cambiado. No creo todavía que las cosas hayan cambiado. Me asomo. Las pantallas muestran otra realidad. Sé que más allá de la ventana y del árbol que esta frente a ella hay gente en riesgo, gente que se arriesga, hay más aislados, hay más encerrados. Hay más ventanas.

Hay ventanas solidarias. Los medios muestran gente trabajando en comedores, repartiendo alimentos, abrigos. Hay ventanas del odio. Algún titular anuncia: "Murió quemada una mujer en situación de calle". La quemaron viva. Desde mi ventana se ve un árbol. Hay ventanas que veían a esa mujer, que ahora ven una mancha negra como único registro de esa vida. Hay muchas realidades distintas. Hay muchas ventanas.

Hay muchas lejos de mi ventana. ¿Por qué será que a veces no nos importan? ¿Por qué las imágenes no son aptas para personas sensibles? Personas sensibles. Las hay de muchos tipos, pero gran parte de ellas son las que intentan ver por las ventanas de los demás.

Pero los demás están tan lejos de mi ventana. Escucho sus voces, veo sus imágenes, pero están lejos. He hablado mucho con ellos. Recordamos tardes de sol y abrazos junto a un río. Volver el tiempo atrás se transformó en un deseo colectivo.

Más de una vez me pregunté qué hubiese hecho de haber sabido que sucedería todo esto; que un viernes caluroso saldría por última vez, hasta nuevo aviso; que sería, quizás, el último día normal como los conocía hasta ese momento. Sinceramente, no lo sé. Tuve tiempo para pensarlo, pero no encontré una respuesta. El encierro se torna un poco pesado.

Pasaron los días, sobró el tiempo. Reordené mi casa. A veces es más fácil que reordenarse a uno mismo, que reordenar la normalidad. Cambiaron métodos, contactos, horarios, lugares. Mates cada media hora. Leo textos del colegio a las tres de la mañana. Me cubro con un abrigo; soy afortunada por tenerlo, por estar encerrada bajo techo y con calor. Pensar, acercar, alejar, dejar, hacer, cambiar, adaptar, modificar, ordenar, reordenar, valorar. Verbos constantemente funcionales en tiempos como los de hoy.

Mate a toda hora. El agua caliente reconforta al cuerpo en noches frías de insomnio y horarios desajustados. Duermo poco, duermo mucho. Hago cosas en horarios incorrectos. Nueva normalidad, cada uno se adapta como puede. Repaso algún texto de historia antes de hacer la actividad, pienso en el comentario ácido que hubiese hecho mi compañera de banco de haberlo leído conmigo. Pienso en cómo me hubiera reído y en cómo nos hubiésemos callado de manera cómplice para evitar alguna mirada severa.

Me desconcentré, caliente el agua para otros mates. Es un poco triste no compartirlos en una ronda, sentados quizás en la fuente de la plaza. Qué lejano suena hoy. Ya se cayeron las hojas del árbol. Espero a que hierva el agua. Decayeron los ánimos también.

He salido un par de veces cuando estuvo permitido; me di cuenta de que también extraño ver la sonrisa de las personas. Si todavía están ahí, las tapan los barbijos.

Llevamos ya más de tres meses en cuarentena, creo que perdí la cuenta. Es de madrugada, me preparo un café. El vapor de la taza me humedece un poco la cara. El aroma que despidе la taza le da otro toque a las primeras luces de la madrugada. Asomada a mi ventana, veo cómo se va iluminando el patio. Han sido tiempos difíciles para las ventanas que conozco y para las que no; para los que se arriesgan a estar fuera de la ventana, trabajadores esenciales, como les dicen, esos que mantienen esto funcionando.

Tiempos tristes. Las ventanas más queridas están lejos, no puedo acercarme a ellas. Qué importante resultó ser un abrazo al fin y al cabo. Están lejos, sí. Pero llegará el momento en el que ya no lo estén, en el que vuelvan

a ser moneda corriente los mates y los abrazos. Me aferro a pensar que ese día estarán sanos los pulmones de todas ellas, que serán lo suficientemente fuertes para compartir carcajadas, para cantar y silbar algún tema del Indio, para guardar suspiros y para gritar de la emoción cuando sepamos que todo pasó.

El patio ya está completamente iluminado, el árbol también. Para mi sorpresa, pueden verse aún varias hojas verdes. Hojas verdes que aguantaron tiempos adversos. Que me convencen de no darme el lujo de la desesperanza.

¿CONDENADOS?

Samuel Araya

Lucía dibujaba garabatos en su *tablet*; a su alrededor, algunos estaban prestando atención al jefe en aquella aburrida reunión. Levantó la vista, lo mismo de siempre: hologramas que mostraban gráficos económicos, objetivos a cumplir, futuras implementaciones. Solo quería volver a su oficina y continuar con su trabajo, que también era aburrido, pero estaba acostumbrada a la rutina.

Seguía mirando al jefe sin prestar atención cuando todo se volvió negro por unos segundos. Se levantó asustada de la silla, pero no escuchó que nadie más lo hiciera. La visión regresó, se encontraba sola en esa sala de reuniones con todas las sillas acomodadas y el holograma encendido.

Corrió hasta la puerta y, a mitad de camino, le pasó de nuevo: oscuridad por unos segundos. Luego, todo a la normalidad. Se quedó quieta donde estaba, todos los presentes la miraban de forma extraña. Sin decir palabra, corrió al baño, se miró en el espejo intentando tranquilizarse. No podía evitar pensar que ya era la tercera vez que le pasaba algo similar esa semana, con una diferencia: nunca lo habían notado quienes estaban con ella. Iba a tener que hacerse ver.

Decidida a ir al hospital, fue hasta la oficina a buscar sus cosas y se retiró del edificio mucho antes del horario de salida. Una vez en la calle, entró en una de las cabinas de teletransportación. Una voz digital le dio la bienvenida y ella, interrumpiéndola, dijo en voz alta: "Hospital General de Buenos Aires". La voz respondió: "Entendido. Tiempo de transporte de 45 segundos. ¿Desea escuchar un resumen del día?" Lucía respondió afirmativamente y el audio comenzó.

"Jueves 12 de septiembre de 2058: el presidente Díaz ha anunciado hoy inversiones en el rubro alimenticio para continuar con la excelente racha de exportación que se mantiene hace años.

Entretenimiento: el día de hoy se estrenó, con críticas muy dispares, *Legacy*, película *remake* del clásico de principios de siglo, *Avatar*. En otras noticias, a días del vigésimo aniversario del Tratado de Colaboración Internacional, se está impulsando recordar lo importante que fue este acontecimiento para el avance de la sociedad. Fue el primero en el mundo con colaboración de todos los países. Recordemos que, debido a la crisis de hambruna mundial que se vivía en aquell..."

El audio se cortó al llegar a destino. Esta última noticia le trajo recuerdos de lo que se había vivido en la década del 30 en el mundo. La población había

llegado a diez mil millones, la comida no alcanzaba, el calentamiento global había empeorado y, varias veces al año, surgían nuevos patógenos por lo alterada que estaba la naturaleza. El número de muertes por hambruna o por infecciones se había convertido en un dato diario. Todos lidiaban con eso. Y pensar que solo unos años atrás el planeta se había conmovido por el coronavirus del 2020; ella misma lo había pasado, estaba en primaria y, si bien no entendía al cien por ciento lo que sucedía, la preocupación de su familia o el hecho de que hubiera tenido que dejar de asistir a clases eran cosas que no olvidaría.

Claro que, en comparación con lo de los años 30, parecía una tontería. Supuestamente, había grandes científicos trabajando en soluciones, pero la gente perdía las esperanzas, hasta que el 22 de septiembre del 2038 pasó algo que para muchos fue milagroso, como decía la noticia. Todos los países del mundo se habían puesto de acuerdo y habían unido capacidades sin importar las numerosas diferencias existentes. Esta colaboración impulsó la economía de todos los países y el mundo entró en una nueva era de prosperidad.

Como siempre que salía de una cabina de teletransportación, Lucía se sintió algo mareada, pero se le pasó luego de unos segundos. Frente a ella estaba el imponente Hospital General. Entró y se dirigió a una de las cápsulas interactivas de diagnóstico, esperó hasta que una pantalla le indicó el paso y se recostó sobre la suave superficie del aparato. Esas máquinas todavía la maravillaban; si bien todas las otras mejoras que se habían dado con el pacto entre los países eran increíbles, la ciencia y la tecnología habían dado un salto que rozaba la magia. Ya no existían países de primer mundo ni de tercer mundo, todos prosperaban juntos.

Una serie de leves sonidos electrónicos indicó que la máquina había comenzado con su diagnóstico. En la pantalla se mostraban los datos de Lucía, que habían sido leídos en el chip subcutáneo implantado en todas las personas al nacer: "Nombre: Lucía Sargenti. Edad: 46. Estado Civil: Solte...". De repente, volvió a pasar: todo oscuro. Pero, esta vez, no duró solo unos segundos para luego regresar a la normalidad.

Lucía se despertó en una especie de incubadora grande. Todo estaba oscuro, excepto por una luminiscencia azul y montones de puntos verdes que parpadeaban. El lugar estaba repleto de cápsulas como la de ella. No entendía qué era eso. Se tocó la cabeza. Tenía una red de electrodos que la cubrían por completo; además, le faltaba su larga cabellera. Con la preocupación en aumento se miró el cuerpo y las extremidades, tenía un conducto intraveno-

so conectado en su brazo izquierdo y lo que parecía ser una bata de clínica. Desesperada, se arrancó los cables de la cabeza, sintiendo un fuerte dolor que le provocó el desmayo.

Un alerta había sonado en el sector "E". César era el encargado esa noche, por lo que fue a ver qué sucedía. Cuando llegó al individuo "E-C904", el indicador de estado parpadeaba sin cesar. Se encontró con una mujer de unos cuarenta años con la cabeza cubierta por puntos de sangre y toda la red de electrodos a un costado. Había escuchado casos de individuos que habían despertado. Sin embargo, casi de forma instantánea, el mismo sistema los había devuelto a la simulación, les había "reseteado su día", haciendo que amanecieran en sus camas y no recordaran nada o creyeran que había sido solo un sueño.

Trató de mover a la mujer desmayada. Mientras la estaba ubicando en su posición normal, ella se despertó e intentó liberarse. El hombre tocó el signo "+" al lado de la palabra "sedante" en la pantalla lateral de la cápsula. Inmediatamente, la mujer se tranquilizó hasta casi adormecerse y preguntó con una voz apenas audible: "¿Qué está pasando? ¿Dónde estoy?". César la miró a los ojos y notó la desesperación. Conocía el protocolo en casos así, se suponía que no debía hablar con ningún individuo, pero su lado humano lo condujo a romper las normas.

El hombre comenzó a hablar mientras se apoyaba en la cápsula:

-Estás en una de las instalaciones de *NeuroLife*. Se supone que no tengo que hablarte, pero sé que vas a olvidar todo esto. En el año 2038, varios países decidieron meter a su población, o parte de ella, en estos simuladores. Y deberías estar agradecida, la vida que viven ahí dentro es un lujo. Se la tuvo que crear lo más cercana posible a la realidad que todos conocían para evitar sospechas. Supongo que sabés la historia del Gran Tratado entre todos los países que mejoró al mundo -dijo con una sonrisa irónica y levantando las cejas-. Bueno, es totalmente falso. Es la forma de explicar por qué todo es tan bonito ahí dentro: la tecnología, la economía, la abundancia de alimento. Acá afuera, las guerras, las enfermedades, la delincuencia y todos los males que te suenan lejanos siguen. Con menos impacto, sí, porque hay menos gente. Algunos quedamos condenados a vivir acá... y otros, condenados a vivir en el perfecto mundo virtual. Supongo que es una cuestión de ideales decir cuál es más libre realmente.

César mostraba cierto resentimiento hacia los que podían vivir en la simulación, aunque la elección había sido aleatoria en su momento. Sin que

la mujer pudiera siquiera asimilar lo que acababa de decirle, el hombre tocó la pantalla, la durmió por completo y le colocó de forma algo brusca la red de cables. Se oyeron unos ruidos que indicaron que los contactos se habían introducido en la cabeza del individuo, y la luz que antes estaba roja se volvió verde.

Lucía escuchó el despertador de todas las mañanas y se levantó para comenzar su rutinario día laboral en ese mundo donde todo funcionaba bien.

ESCAPADA

Ana Paula Malvido

La música comenzó a sonar, se trataba de una melodía alegre; era lo bueno de todo eso, siempre iba a ser alegre aunque fueran los días más tristes y aburridos, y eso podía contagiar a quien la escuchara.

Tania danzaba en el interior del más bello bosque, con árboles tan altos que parecían querer tocar las nubes, y al costado fluía un río de aguas transparentes que brillaban con los destellos del sol.

Con la mayor delicadeza, ella extendía los brazos y daba vueltas. No era buena bailarina, pero no le importaba. Estaba contenta.

Sus pies guiaban sus pasos y la melodía los acompañaba. Cada tanto, se preguntaba: "¿qué sería de la vida sin música?".

Entre giros y vueltas, sus pies tocaron el mármol del suelo de un palacio bastante elegante. Entonces, se dio cuenta de que el bosque había desaparecido por completo y ahora se encontraba en un salón. No había nadie más que ella. Y, si se trataba de un palacio... ¿por qué no llevar un vestuario adecuado a él?

Tania siguió bailando alrededor del salón mientras su ropa se transformaba en un hermoso vestido celeste con volados azules, tan delicado como sus pasos.

El palacio era tan elegante que hasta los más mínimos detalles resaltaban. Las manijas de las puertas, por ejemplo, eran doradas y cada una tenía incrustada, en la punta, una piedra preciosa de color violeta que no pasaba desapercibida con su belleza y esplendor. Las cortinas de seda, con los más finos bordados que se extendían de una punta a la otra, le daban un toque romántico al ambiente. Tania quedó asombrada por toda la hermosura y delicadeza que la rodeaba.

De pronto, el salón comenzó a cambiar. En un giro, Tania se encontró en el escenario de un enorme teatro y las luces apuntaron hacia ella. La música, ahora, era agitada e intrigante, como en esas típicas películas de lucha o espías. ¡Y vaya que Tania parecía una!; su vestido celeste se había transformado en un conjunto de color negro. Su pelo estaba recogido y llevaba puestos unos lentes oscuros. De repente, dos personas aparecieron, una a cada lado del escenario; entonces, la lucha comenzó. Era Tania contra ellos. Cuando estaban por atacarla, dio un salto y voló en el aire, para caer justo detrás de ambos. Fue tan rápida la acción que los dos hombres no tuvieron tiempo para darse vuelta y ella los tiró al suelo con un solo movimiento. Pero no se iban a dar por vencidos tan fácilmente, la lucha continuaba. Con la música

de fondo, Tania podía sentir la adrenalina de la pelea, como en una perfecta película de acción que ella protagonizaba. El público la miraba asombrado y, entre todas esas personas, se encontraban sus amigos, sentados en primera fila y disfrutando del espectáculo. ¡Ojalá fuera posible bajar a saludarlos! Cuando ganó la pelea, como toda protagonista, el público la ovacionó y sus amigos saltaron de alegría. Ella había quedado en medio del escenario, observando a todos. Decidió inclinarse para saludar y, en eso, aumentaron los aplausos y silbidos. Pero, cuando se levantó, todos habían desaparecido.

La música volvió a ser tranquila y, esta vez, se encontraba a la orilla de un mar. Era un bello lugar. Había llegado justo para ver el atardecer junto a la paz que lo acompañaba. Cerró los ojos y continuó bailando. Podía sentir el agua en sus pies y la arena entre sus dedos. Había un poco de viento, lo que provocaba que su pelo, ahora suelto, danzara con ella.

Dio un salto, otro giro, extendió sus brazos, siguió sus pies, se sacó el pelo de la cara y siguió danzando. Bailó contenta hasta que la música se cortó.

Entonces, abrió los ojos para caer en una gran decepción. Ya no estaba el mar; en cambio, tenía enfrente su aburrida pared blanca. Se dio cuenta de que los auriculares se habían desconectado con un movimiento. La música se había ido junto con sus bellos lugares.

Regresó a la realidad. La misma realidad en la que llevaba encerrada cuatro meses, donde no había bosques con árboles altos ni palacios elegantes e inmensos. Era imposible que por esos días hubiera algún teatro lleno de gente, y el mar estaba a cientos de kilómetros de allí. Solo la acompañaba una aburrida rutina hogareña que parecía no terminar más. ¡Qué abrumador!

—¿Terminaste la tarea? —dijo su mamá, que apareció de pronto en su habitación—, tu preceptor me mandó un mensaje. Está muy preocupado porque no sabe nada de vos y debés varios trabajos.

Tania resopló y revoleó los ojos.

—Ya la sigo —contestó.

Su mamá se fue y ella volvió a sentarse en el escritorio. Revisó sus cuadernos. Era cierto, le faltaban muchos trabajos para terminar; pero no se arrepentía de haber visitado sus hermosos lugares por un rato.

Entre tanto encierro y aburrimiento, Tania se volvía a preguntar qué sería de la vida sin la música y la imaginación, que eran su llave secreta para escapar de la cuarentena por un ratito.

QUEDARÁ EN MÍ

Julieta Abellana

Y ahí estaba ese viejo hombre, postrado en una camilla con un respirador, luchando por salvarse. Parecía asfixiado, exhausto, y miraba el techo con la mirada perdida. Los últimos meses habían sido así. Me había tocado ver gente en esa situación, o incluso en situaciones peores que ésa.

El Terror y el Caos, dos palabras inevitables en tiempos de pandemia, eran casi amigos míos; pero no nos llevábamos muy bien. El terror suele volver insensata a la gente y el caos desata la locura. Yo no soy así. Me gusta ser más bien sutil, madura y prudente.

Pero me costaba serlo últimamente. Ese famoso Coronavirus me estaba haciendo difícil la tarea. La gente había empezado a encerrarse, pero se ve que este tipo, Corona, era rápido y terminaba entrando en la vida de todos. Podía llegar, plantarte cara y confrontar en una pelea a tu sistema inmunológico, que seguramente terminaría ganando. Podía llegar, sentarse a tomar el té con vos, generarte un dolor de cabeza, charlar, quizá, y luego irse. Incluso, podía llegar y jugar a las escondidas, lo que se le daba bastante bien porque muchos parecían no darse cuenta de su presencia.

Sin embargo, había un problema aún mayor. Se ve que este señor, Corona, comenzó a obsesionarse conmigo. Hasta el día de hoy, le encanta llamarme todo el tiempo para que haga el trabajo sucio. Si tuviera un celular, como los chicos de ahora, probablemente lo tendría lleno de mensajes de este tipo. Y las personas creen que yo soy la mala. Me ven como alguien cruel e injusto, pero yo no tengo la culpa de que Corona me viva llamando. No he elegido mi trabajo. Si hubiese tenido esa capacidad, habría elegido ser... ¡no sé!, jueza o instructora de zumba.

Como tantas otras veces, me acerqué al viejo postrado en la camilla. Coronavirus le había quitado casi todas sus fuerzas. No es que me guste mi oficio, es muy deprimente; pero debo hacerlo. Le di la mano, él la tomó. Nos vimos cara a cara, y mi compañero, el Terror, cruzó por su rostro. Caos también parecía estar cerca, pues, lentamente, la mirada del viejo parecía más y más perturbada. Me quería soltar la mano, pero yo la sujetaba con fuerza. Nada ni nadie puede evitarme; soy así. Lo fui absorbiendo poco a poco.

Tomé su esencia, sus recuerdos, su vida, su personalidad; todo. Lo único que quedó de él fue su cuerpo demacrado, sin vida y vacío, en aquella sala desolada. De pronto, mi mente se llenó de imágenes. Una bella mujer con un bebé en brazos me sonreía. Un niño corría hacia mí gritando: "¡Papá, papá!". Un hombre de traje me ofrecía un sobre con dinero. Un bebé, otra vez; pero, ahora, me miraba intentando decir "abuelo". Una señora mayor pasándome

un mate. Por último, apareció en mi cabeza algo que estaba acostumbrada a experimentar: el vacío y la oscuridad; la nada, el frío, el fin de toda posibilidad.

A causa de esta pandemia, muchas más personas empezaron a conocer lo que era esa sensación. Se toparon conmigo en sus caminos, se toparon con ese frío eterno del cual nadie puede volver.

Pero ¡no te angusties! Puedo ser bastante intimidante y, a la vez, soy una paradoja. Inquieto, ya que nadie quiere abandonar su vida, pero tranquilizo, pues soy la única certeza que el ser humano tiene.

Si algún día nos encontramos, no te desanimes. No llores, no grites. Solo dame la mano, que todo lo que fuiste no se perderá para siempre: quedará en mí.

EL DEPREDADOR DE LA HUMANIDAD

Mora Ocampo Perracini

La criatura correteaba por el bosque y jugaba con sus hermanos. Su madre aún dormía a pata suelta en la madriguera después de una noche de cacería, pero los zorritos se habían despertado antes por un cuis cuyos pasos equivocados por unas ramas secas casi le cuestan la vida. Así, los chiquillos descubrieron que era más divertido retozar sin su mirada grave, pero uno de ellos se alejó demasiado. Mientras sus hermanos se mordisqueaban la cola y tiraban unos de otros, ese zorrito miró al cielo y se hipnotizó por el vuelo de un jilguero dorado. Él, tan libre, con su vuelo curioso y su belleza, llamó su atención, y el cachorro se dejó llevar sin ver hacia dónde iba ni cuánto se alejaba. Fue solo con el sonido del agua que volvió en sí y, en vez de buscar a su familia, saltó hacia las piedras del río. El ave quería enseñarle algo, estaba seguro. Tan torpe e inexperto, pisó moho y cayó de lleno. Podría, a pesar de la corriente, haber vuelto a tierra si no se hubiese enredado con bolsas de plástico.

Vueltas y vueltas dio en el recorrido, con el hocico tan arriba como podía, en busca de aire y llamando a su madre a chillidos, pateando y rasgando. Cuando el agua se cansó de jugar con él, cual gato con presa, tuvo piedad y lo arrastró hasta la orilla, de donde el animal huyó despavorido.

Para su desgracia, allí solo encontró otro problema: refugios de humanos, llamados *casas*, y sus senderos de piedra. Corrió hacia un arbusto, desde donde miró aquellas tierras desconocidas. Los viejos zorros contaban historias sobre los humanos, largos seres bípedos sin pelaje ni garras, buenos construyendo cosas y aún mejores conquistando. Conocía a algunos de esos sabios que habían visto hombres; decían que algunos eran inofensivos y que otros eran bestias que usaban rayos para cazar. De una u otra forma, si de algo estaba seguro era de que su mamá siempre le había advertido que las tierras humanas eran territorio prohibido.

Quiso volver siguiendo el río, pero la angosta playa por la que debía pasar estaba llena de perros callejeros poco amistosos. Ya caía el atardecer cuando su estómago comenzó a crujir, y el dolor no tardó en hacerse demasiado intenso. Sin ninguna alternativa, el zorro salió con cuidado y silenciosamente para buscar comida.

Primero caminó entre yuyos y arbustos, examinando las *casas* y olfateando. Había muchos animales de metal, o *autos*, como escuchó que les llamaban. Todos dormían junto a las casas o adentro de ellas, lo cual tranquilizó al pequeño, ya que estaban contenidos. Se decía que esos seres llevaban a los humanos como los caballos, pero eran tan rápidos, fuertes y grandes que no se podía llegar a verlos antes de que te pisasen. Solo podía advertir-

selos porque viajaban en patota y por su distintivo sonido, que iba desde un agudo silbido hasta un murmullo y que era lo único que el zorrillo había presenciado de ellos hasta entonces.

Un aroma lo llevó a un contenedor metálico, que, al tirarlo, dejó a la vista muchas bolsas. Él las miró con desprecio, pero estaba seguro de que allí había comida. Abrió una de ellas y, removiendo con su hocico entre los restos de papel, colillas de cigarrillo y algunas latas, halló algo que llamó su atención: una botella transparente cuya fragancia era tan penetrante que lo hizo estornudar y alejarse de ella lo más posible. Al no hallar nada comestible, buscó un poco más, y esta vez encontró un envase mucho más pequeño con una sustancia similar, pero más viscosa. Se preguntó si sería un alimento usual de los hombres o si lo usaban para ahuyentar algo mediante su olor desagradable. Afortunadamente, también sacó varios pedazos de cuero de pollo que no pudo comer allí mismo porque un monstruoso perro se avecinó hacia él.

Tras su huida, se ocultó en una cama de plantas de una casa colindante y comió saboreando cada bocado. Su panza dejó de crujir y pudo volver a pensar tranquilo en cómo regresar al bosque. Salió, discreto, y echó un vistazo a su alrededor. Estaba en un barrio de viviendas blancas, pero aun allí no vio ni un humano. El hecho le extrañó, pero no se confió demasiado e intentó seguir el sonido del río para volver por donde había llegado, con la esperanza de que los canes se hubieran ido. Tanta era su tensión que, cuando su pata pisó un pedazo de plástico, saltó como un gato y se lanzó hacia atrás. El plástico era celeste y elástico, y no fue hasta moverlo con la pata que comprendió que era un extraño guante. El zorrillo había hallado en su hogar uno de tela gruesa, tiempo atrás, y un sabio le había explicado de qué se trataba.

Fue con ese salto que su soledad llegó a un fin, pues escuchó detrás de él un sonido extraño, pero no agresivo. Al darse vuelta, lo vio: una persona. Se quedó congelado en su lugar, casi temblando. Era bastante similar a como los había imaginado, solo que un poco más pequeño y menos intimidante. Lo que sí aterró al zorro fue su falta de fauces. Bajo sus ojos agobiados no había más que un bulto blanco que se ajustaba a su cara.

El animal intentó huir con tal desesperación que chocó violentamente contra algo. Miró hacia arriba y vio otro humano. Éste, bajo la mirada cansada, tenía una boca carnosa que, cerrada, dibujaba un suave semicírculo y una nariz puntiaguda un poco más arriba. Sin embargo, toda su cara estaba tapada por una lámina de plástico. De él emanaba el mismo aroma que el de las botellas en la basura. El hombre juntó sus dedos e hizo sonar con ellos un ruido chasqueante. El zorro entró en pánico creyendo que llamaba a los

suyos para cazarlo. "Estoy al horno", pensó, y miró al cielo como queriendo ser levantado como una pluma. Entonces, el jilguero apareció y, después de graznarle, voló hacia el río. Hallando seguridad en el pájaro, que parecía llamarlo, huyó de entre las personas y lo siguió.

El jilguero, que parecía volar despacio para no perder al zorro de vista, lo guio por el costado del río, a contracorriente. El chiquillo pensaba en los hechos que habían ocurrido. No fue hasta llegar al punto desde el que se había resbalado, ya agotado por tanta caminata y la falta de sueño, que pudo darles orden. Sintió, entonces, cómo un gran conocimiento le era otorgado y, no casualmente, el ave se apoyó sobre la rama de un árbol para mirarse con el zorro. Lo sabía, lo sabían: el humano tenía un nuevo depredador.

De la emoción, el zorro corrió en busca de su familia, chillando sin parar y saltando de aquí para allá. Su familia se asomó por entre la maleza y su madre, que fue la primera en salir, después de olisquearlo, lo sermoneó. El pequeño hizo oídos sordos y se apresuró a contarles su descubrimiento. Develó cómo los humanos estaban siendo amenazados por una bestia que comía sus manos y rostros, por lo que se escondían en sus casas y los cubrían al salir. También, supuso que la sustancia de líquido desagradable era usada para repelerlo y creía que el animal no era un peligro para los habitantes del bosque, quienes nunca habían oído hablar de él.

Poco tiempo después, la fauna comenzó a introducirse gradualmente el territorio que les había sido arrebatado y la flora, contenta de tener un poco de tranquilidad, parecía rejuvenecer. Zorros, carpinchos, corzuelas y muchos otros volvieron a deambular por las calles de Córdoba con soltura, y los jilgueros, junto a otras aves, dieron vida al firmamento.

**DISQUISICIONES ALREDEDOR
DE UN MUNDO PATAS PARA ARRIBA**

Chiara Chialvo

Tiempo y espacio han rotado. El cuerpo afectado no sabe bien cómo ubicarse y echarse a andar en ese espacio, con este tiempo.

El contacto ausente, las risas distorsionadas, miradas tras la pantalla, un abrazo perdido, un beso esquivado, una caricia alejada, un gesto sin gracia.

La mano cambió con el codo el modo de saludar, la mano que se ausenta de un gesto conocido. Una sonrisa se esconde detrás de un tapabocas insoportable que no deja disfrutar del viento en la cara o de una coca con amigos. A lo sumo, nos deja leer las miradas. Unos ojos oscuros, profundos, me cuentan la sonrisa de un niño que salió a jugar a la plaza con su mamá. El entrecejo fruncido de la vecina, con los ojos entreabiertos y enfurecidos por "estos adolescentes" que salen a andar en patineta. Unos ojos afligidos que comentan la tristeza de una joven que no puede ver a su pareja. O los ojos cansados de la trabajadora de un local que estuvo recibiendo gente todo el día y ya quiere volver a su casa.

La parada del colectivo se ha ido llenando de tierra. El banco extraña el roce de las lapiceras que se vuelcan sobre él, delineando tatuajes y mensajes de amor y otros que no lo son tanto; ya no juegan a las cartas las manos sobre él ni se vuelven ansiosas por salir a correr en el patio del colegio. Unas sillas que descansan el peso de las mochilas en sus espaldas no dejan de extrañar el balanceo hacia atrás de los cuerpos sentados en ellas. Un patio gigante que acumula hojas y flores extraña las caricias de la pelota, cuando los chiques juegan al fútbol, y el calorcito de los cuerpos amuchados, ahí donde da el sol en la segunda hora de la mañana. El pizarrón que espera ser escrito y volver a encontrarse con el polvo de las tizas y los mimos del borrador. Las puertas que ruegan ser atravesadas por una manada de adolescentes y niños desesperados por salir o por entrar. La baranda codicia el halago de las manos y las espaldas apoyadas en ella, testigo de conversaciones, acaloradas discusiones y arrumacos a escondidas. Y la rampa, allí, solitaria, ansía sentir el desliz de los pies que suben y bajan todo el rato. (O quizás sea yo.)

Una sensación de no comprender nada, un sentimiento de vacío en el pecho que genera nudos en la garganta. Una constante "extrañitis aguda" de la vida fuera de la cuarentena. Un deseo insistente de salir, de juntarse con amigos, de caminar por la calle hasta que los pies duelan, compartiendo risas y chismes con ellos. Unas ganas de agarrarle la mano a la persona que te gusta y dejarse robar besos a escondidas; tirarse arriba de una compañera que disfruta de su siesta al sol, o, incluso, de sentarse al frente de ese profe que te cae mal y poder discutir cara a cara. Unas ganas terribles de salir a bailar, de hacer una prueba de a dos que... "¿puede ser de a tres?". Unas ganas

de tener la última hora libre para irme a casa antes y, en el colectivo de vuelta, sentarme al lado de una amiga, sacarnos fotos, que las risas, las sonrisas y las lágrimas se vean completas, sin barbijos, sin dos metros de distancia, sin una pantalla de por medio.

Un año patas para arriba, o para abajo, el mundo al revés; depende de cómo vivas la vida. Una cuarentena obligatoria, un distanciamiento social que agobia a cada paso.

La cama cansada de un adolescente que sale de ella a las 14 h. Una computadora que cada vez se traba más, y sus huellas se van borrando por tantos escritos y *Meets*, se ha tornado el modo de hacer y de estar con el otro. Una impresora agotada de imprimir tantas guías: Lengua, Matemática, Historia, Geografía, Filosofía, Derecho, Psicología y ¡hasta Educación Física! Una cantidad de ropa guardada que desea ser usada y bailar con el viento. Ropa de entre casa que ya no quiere salir más. Una pelota que quiere dejar de rebotar de tantos tiros al aro. Una casita del árbol que anhela su soledad. Un quincho harto de ser pisado todos los días, todo el día. Unos auriculares cansados de repetir música. Un auto ansioso por salir a pasear. Un patio que no ve la hora de dejar de ser aplastado por mancuernas. Lápices, lapiceras, microfibras y marcadores que ya sienten fobia de tanto estar encerrados en la cartuchera que guardaste el año pasado; incluso, hay algunos de esos útiles que ya se olvidaron de la caligrafía y se confunden la "a" con la "z". (O quizás, de nuevo, sea yo).

Una taza de té que no para de llenarse, no tiene descanso. Una gata muy arisca ya se resignó a escapar de las manos de sus dueños y una perra que no paraba de correr, ahora, está tirada en un sillón solo para ella, cual reina. Una casa paranoica llena de alcohol en gel y lavandina en cada trapo y rincón. Un constante olor a cuarentena mezclado con limón, naranja, pomelo, eucaliptus, romero, hojas de laurel y alguna otra especie más que en este momento no recuerdo; todo envasado en una olla que no deja de largar vapor con ese aroma.

Sí, un año patas para arriba. Cada mundo dado vuelta. Un año que no parece querer ponerse al ritmo del antes. Que no se pone derecho o, mejor dicho, de pie, para echar a andar por el mundo, como debe ser. Que no parece terminar y que, al mismo tiempo, transcurre en un abrir y cerrar de ojos. Ya pasaron 8 meses. Un año verdaderamente intenso y desafiante. Un año que oscila entre el "podemos" y el "no podemos"; en realidad, entre el "queremos" y el "no podemos". Un año que pareciera que a todes nos sobrepasa, a cada quien a su manera. Un año donde la incertidumbre amenaza y apela a la in-

vención o al vacío. Quizás, en este vacío, lo que se eche a andar sea el pensar y nos sirva para mirarnos como individuos y como sociedad. Espacio y tiempo metamorfosearon, ¿alguna pregunta nos haremos?

¿O seré yo?

Cómo mirar más allá de nuestras narices, escondidas tras el barbijo. Abrir más profunda la mirada para encontrar el cielo, la tranquilidad, los sonidos viejos que se escuchan como nuevos en este medio-transitar. Quizás, el vacío nos haga inventar otros modos de estar, de empatizar, con le otre y como sociedad, más allá de las miserias y las contradicciones humanas que se han echado también a andar. No sé.

Tal vez este vacío nos lleve a valorar nuestra libertad. Pienso en la necesidad de valorarla. Ahora que todes estamos encerrades, que no vamos al cole y podemos trabajar desde casa, lo que más queremos es recuperar la libertad de ir a la escuela, de aprender; la libertad de hacerle preguntas al profe, todas las veces que sea necesario, y que te responda en el momento; la posibilidad de que guíe y acompañe la lectura, en un papel donde vamos subrayando entre todes... Valorar la libertad de poder discutir y conversar con tus compañeres. Ir aprendiendo entre risas y chistes, entre enojos y discusiones, entre aciertos y errores, en un tiempo que parece "perdido" entre interrupciones para salir, ir al baño, hablar del centro de estudiantes, del paro, de una anécdota del profe... pero que es un tiempo ganado para nuestro crecimiento, para nuestro pensamiento. Sutil aprendizaje, trascendiendo los libros.

La libertad de sentarte al lado de tus amigos y, quizás, soltar una carcajada en el medio de una clase con el profe más serio que podía tocarte. La libertad de equivocarte y poder corregir, de que te puedan corregir. Y hasta que te reten o te digan una injusticia termina siendo un tiempo ganado para un e mismo. La libertad de cada recreo, quizás, comiendo un alfajor, una manzana o un sándwich. La libertad de los almuerzos y las risas –tal vez hasta las lágrimas–. La libertad de "pelear" por una nota que te resulta injusta o por unos puntitos más, "así no me la llevo". Valorar la libertad de quedarse después del cole haciendo un trabajo en grupo que resulta interminable y, también, poder divertirse con tu grupo.

Quizás este vacío nos ayude a darnos cuenta de que la escuela, a la que muchos consideran "una cárcel", nos da más libertades de las que podemos imaginar. Nos da la libertad de crecer, de elegir, de entender que la libertad de un e acaba donde empieza la de otre.

Valorar la libertad. Hacer la libertad solidaria con el mundo, con les otros, donde cuidarnos tenga que ver con un gesto de amor.

Quizás no sea solo yo.

Quizás podamos inventar nuevos modos de estar. Hacer del mundo un lugar para vivir entre todos.

**LA PANDEMIA:
UN DESPERTAR DE NUEVAS PERCEPCIONES**

María Jazmín Maranguello

Nuestro cuerpo y mente actúan como dos extraños equilibrantes del panorama general en el que funcionan. Voy a explicarme: las personas que por algún evento trágico pierden la vista, con el paso de los años, equilibran esa pérdida desarrollando mucho mejor sus sentidos del tacto y del oído. Es extraño que sea necesario perder algo para desarrollar alguna habilidad o idea diferente. Eso significó esta cuarentena para mí.

Verán, yo solía ser una chica que, a simple vista, era ordinaria. No sufrí ningún hecho traumático ni fui un prodigio en el aprendizaje de un instrumento inusual. Tampoco entoné las mejores notas musicales ni me dediqué a pintar un cuadro digno de un premio. Y, ¿saben qué?, esa era mi zona de confort: la ignorancia sobre mí misma.

El lunes 19 de marzo del 2020 fue un gran detonante para cambiar la perspectiva de mi vida. Habrá sido el tiempo libre o el hecho de que las preocupaciones sociales desocuparan mi cabeza lo que me dio tiempo para pensar en quién soy cuando no estoy con los demás (una pregunta que todos deberíamos hacernos). O, quizás, el hecho de que la posibilidad de la muerte desata inexplicables y potenciales ganas de vivir. Pasé por dos grandes etapas (y, si mi mente no hubiera sido tan dualista, probablemente habría conseguido paz de manera más temprana):

Pasado: qué fue lo que no hice, lo que no dije. Qué hubiera pasado si tan solo hubiera vaciado mi ser de agotadores pensamientos e ideas, que resurgen una y otra vez hasta formar un espiral interminable, cada vez más estrecho. Ya saben de qué hablo, de los problemas que empiezan siendo nada y terminan acabando con uno, aquellos que nos consumen el día entero, agotan las 24 horas del día, los que sentimos en la garganta y relacionamos al salir, una y otra vez.

Futuro: la pandemia va a causar una gran crisis económica. Mi cena de egreso, ¿se hará? Bueno, no es muy importante... pero ¿qué hay de la universidad? Ahora debo decidir más rápido qué estudiar, y sin ninguna charla vocacional de por medio. ¿Cómo elegir a qué dedicarme a los 17 años? En serio, si ni siquiera sé manejar y hasta el día de hoy mi madre decide si dejarme, o no, salir a caminar.

Si hubiera considerado el diagrama de la triqueta, habría entendido que no solo existe un arriba y abajo, sino que también hay un centro; sabría que tengo un pasado y un futuro, pero, también, un presente que es muy extraño.

La pandemia me concedió algo muy valioso, que no puede ser comprado: tiempo.

En medio del aislamiento, realmente, entre tanto caos, yo solo sentí paz.

Por muchos años sentí un cuerpo extraño en mi garganta. Algo que a veces me molestaba más y a veces menos, pero que siempre, siempre, estaba allí. Una de las causas pudo ser el mundo en el que vivimos, lleno de sobreinformación, crueldad, injusticia, dependencia, entre otros.

El sistema universal nos convirtió en seres ambiciosos que no paran de pensar en lo que harán para conseguir cosas materiales o de preocuparse por hechos que el día del mañana ni siquiera recordarán. El sistema nos falló, y nosotros nos fallamos.

Diagramen en sus mentes una línea horizontal. Esta será su vida definida en el pasado, el presente y el futuro. Digamos que tuvieron un pasado largo y vendrá un futuro extenso. ¿Qué hay del presente? Parece que durará un segundo, ¿verdad? Presten atención a cualquier percepción en este momento, ya sea un sonido, un golpe o una brisa. Sea lo que sea, pareciera que lo que acaban de ver ya quedó en el pasado. ¡Falso! El pasado es pasado, el futuro es futuro y el ahora es lo más real y extenso que tenemos. Aun cuando quieras pensar algo del ayer, estarás invirtiendo tiempo del hoy para recordar eso; y lo mismo sucede con el futuro.

Nuestra mente es el único detonante de nuestro sufrimiento, nuestra ansiedad, estrés, resentimiento, culpa; todo.

La pandemia global es la prueba de que el futuro es incierto y el pasado no interesa al momento de las decisiones reales: aquellas que, a los 80 años, recordaremos.

La cuarentena busca protegernos de un virus que se encuentra afuera, pero nos resguarda y nos da tiempo a aquellos que queremos hacernos conscientes del ahora y deshacernos del virus que llevamos dentro.

Al COVID-19 le es indiferente si usted tiene millones en su cuenta, es joven o viejo, viste de marca o no, es un político o un vendedor promedio. Y así funciona con cada amenaza allá afuera. Entonces, ¿para qué preocuparse por lo que vendrá cuando podrías fijarte en lo que sucede ahora? Debemos reconocer nuestro pasado como una enseñanza para formar a la persona que hoy somos y entender que no podemos cambiar el ayer, pero sí aprender de él. Y, lo más importante: perdonarnos a nosotros mismos, sin rogar el perdón

de los demás, ya que es muy extraño cómo, al intentar sostener todo, nada parece funcionar, y cuando permitimos que las cosas simplemente sucedan, extrañamente, todos los puntos de una situación parecen caer en su lugar, casi como un juego *tetris* en piloto automático.

Pasaron 90 días de confinamiento y salí a caminar. Al haber estado encerrada durante 3 meses, sin algo por qué afligirme o en qué pensar, quise disfrutar cada momento. Realmente, por primera vez, despejé mi cabeza de todo y, simplemente, mire un árbol. Era solo eso, un árbol. Había caminado por esa misma cuadra unas cien veces, pero esta era la primera vez que lo miraba y me pareció realmente bello... como si hubiera cobrado vida, como si todos los puntos desde los que pudiera verse estuvieran alineados. No podía ser más perfecto. Me causó simpatía; frené unos instantes, me reí y seguí el camino. Esto me pasó cada vez que le prestaba atención a algo. En verdad, no entendía por qué la gente se drogaba cuando el estar cuerdo era tan maravilloso.

Perdí la noción del tiempo y paré frente a un pequeño río con casas alrededor. Me pareció el momento perfecto para escribir, ya que me encontraba sentada en la orilla y empezaba a anochecer. Exactamente lo mismo sucedió: el sonido de la corriente nunca había sido tan dulce. Aquel ruido relajaba todo mi ser y el reflejo de la luna en el agua era hipnotizante.

Regresé a mi casa y entendí lo que había pasado: yo había dejado de pensar y todos mis sentidos estaban dirigidos hacia un mismo punto. Me sentía completa, parte de algo y parte de todo. Mis pensamientos ni siquiera conformaban un análisis. Yo me sentía una observadora de lo que sucedía, pero, al mismo tiempo, mi mente no procesaba palabras porque, directamente, no se me ocurrían. De repente, ya no era la hija de mi madre, la hermana de mi hermano o la nieta de mi abuela. Yo no era mi nombre; ni siquiera importaba qué ropa vestía, qué idioma hablaba o el lugar en el que me encontraba. Todo eso, me era totalmente ajeno, y ni siquiera lo sabía hasta ese momento.

Entonces, voy a hacer de éste un breve resumen sobre lo que la pandemia significó para mí y lo que esta nueva perspectiva podría cambiar en los demás:

Fue necesario un "alto" del mundo para frenar a los seres humanos. Para ponernos un freno a nosotros mismos, a nuestras propias mentes y al afán de buscar más y más, sin detenernos. Fue necesario un virus para aprender a apreciar la vida que tenemos. Fue necesario estar entre cuatro paredes para hacernos una pregunta simple, con una respuesta tan extensa. Fue impres-

cindible una cuarentena que nos arroje frente a la realidad y nos permita pensar qué tan conectados estamos con otros y qué tan fuera estamos de nosotros mismos.

No tenemos certeza de nada, pero, si buscamos, encontramos la verdad dentro de nosotros: la idea de ser parte de un todo.

Y entonces, no es necesario encontrarle lógica a todo. Si bien lo energético podría ser tan real como el aire que respiramos –la ciencia, en eso, nos falló– no hay razón medible que nos revele, como diamante en bruto, si esto es cierto. No tiene lógica, pero tiene sentido. Y, si es posible encontrarle un sentido, eso basta para poner tu fe en algo que no podés ver o tocar, pero sí, sentir.

Y así, en un momento estás, y en el que sigue, no. Es tiempo de priorizar, de ser consiente y romantizar nuestras vidas. Es tiempo de presenciar nuestras vidas hasta el último día, sin ver un pasado o un futuro. Se trata de vivir en un constante e infinito cambio de pequeñas experiencias fascinantes.

LAPSUS

Santiago Ferrari

Siempre me interesaron esos amores a los que el tiempo y el espacio separaban. Me inquieta saber cómo sobrevivían, con ese anhelo por estar con la persona amada.

Recordemos que el que espera desespera. Que la piel, de no rozar otra piel, comienza a quebrarse. Que para qué quiero labios si no son para besarte. Que mis ojos, si no te ven, se cierran. Que mis brazos, de no abrazarte, se endurecen. Que mis pies, de no correr por vos, no me sirven. Que mis dedos, de no tocarte, se caen.

Cómo habrán hecho el soldado y su compañera.
Cómo habrán hecho King Kong y la rubia.
Cómo habrán hecho Bogart y Bergman.
Cómo habrán hecho su corazón y el tuyo.

Hoy, podemos vivir estos amores. La pandemia y el miedo a enfermarse y a enfermar nos distancian. Tal vez, dentro de un tiempo insignificante, como todo tiempo que difiere de este instante, alguien dirá: "¿cómo hicieron esos enamorados, amantes, locos para amarse en medio de estas circunstancias?".

Sé que García Márquez u Octavio Paz dijeron que la distancia no es un problema, que somos los humanos los que no sabemos amar sin tocar, ver o escuchar. Que el amor se siente con el corazón, no con el cuerpo.

Lo entiendo, pero yo soy humano y mi cuerpo también; por lo tanto, amo como tal. De todas formas, desde ya, juro dedicar mi vida a aprender a amar-te.

Ahora recuerdo las historias de los hombres sensibles que aman por amar, que aman sin que les importe ser amados, que aman lo imposible y que sufren hasta los huesos.

Recuerdo los amores a los que se les cruzó la muerte y vivirán ardiendo de pasión en algún lugar. Imagino los amores que no fueron por miedo, por respeto, por la Iglesia, por mandatos, por mí, por vos, por ellos, por aquéllos.

Por último, me digo que no quiero un amor, dos amores, varios amores, un amor de película, un amor de poesía, un amor imposible, un amor de un día, un amor de toda la vida, un amor de varias de vidas, un amor platónico, un amor de desamor, un amor después del amor. Quiero todo.

LA VERDADERA PANDEMIA

Noah Paz

La pandemia me permitió confirmar dos cosas que ya sabía sobre los seres humanos. Uno: nuestros problemas son nuestra culpa, la mayoría de los desastres que sufrimos los ocasionamos directa o indirectamente, somos responsables de todo aquello de lo que nos quejamos. Dos: aunque tengamos lo anterior bien claro, no vamos a hacer absolutamente nada para cambiar lo que nos lleva a sufrir tan malas consecuencias; si es que tenemos la decencia de darnos cuenta de esto, en un primer lugar.

Somos seres vagos y egoístas y orgullosos de ser la plaga más dañina y narcisista sobre la faz de la tierra. Ahora, estamos en crisis, y la única manera de afrontar una crisis es tratarla como tal. Enfrentamos diariamente los efectos de estar disparándonos continuamente en el pie.

A continuación, explicaré algunos hechos que me llevan a afirmar esto. Las enfermedades infecciosas siempre han acompañado a la humanidad, pero, cuando invadimos bosques, cortamos árboles, matamos animales, los enjaulados y los enviamos a un mercado, lo que hacemos es interrumpir los ecosistemas y liberar virus de sus anfitriones naturales. Cuando esto sucede, los virus buscan un nuevo huésped y, a menudo, somos nosotros. En 2008, una investigación identificó 335 enfermedades que surgieron entre 1940 y 2004. Al menos un 60 % de las mismas tenían origen somático; es decir, fueron transmitidas de animales a humanos (Marburgo, VIH, gripe porcina, gripe aviar, Ébola, SARS, una forma de hantavirus, y, ahora, COVID-19). Cuando necesitas una gráfica logarítmica para representar poblaciones de animales de granja, cuando los números requieren la palabra *billones*, es evidente que algo no es sostenible. ¿Cómo se pueden mantener esos océanos de cerdos y pollos de manera que las enfermedades no proliferen, de manera que los virus no estén constantemente saltando de cerdos y pollos a humanos? La respuesta es que no se puede. Se los llena de antibióticos, que es la manera de mantener las infecciones a raya, pero eso no funciona con los virus. Esta industria, esta manera de explotación masiva, aparte del dilema ético que representa, es un caldo de cultivo para pandemias. Contagiarse de enfermedades que vienen de animales no es nada nuevo.

Hemos tenido varias crisis sanitarias de la misma raíz, pero ¿por qué ocurren ahora con más frecuencia? Un factor crucial que responde a esta pregunta es el cambio climático, que altera el hábitat de los animales y su forma de vida, el modo en que se alimentan y desplazan. Por ejemplo, la quema de selvas en Indonesia en el año 1997 produjo el desplazamiento de los murciélagos, por falta de comida, hacia los huertos de Malasia, donde enfermaron a los cerdos, quienes contagiaron a las personas. La ciencia muestra que la

destrucción de hábitats crea las condiciones perfectas para que una gran variedad de patógenos mortales, como el virus Nipah o el Ébola, puedan expandirse hasta llegar a nuestros cuerpos. Resulta que, desde la antigüedad, los seres humanos sabemos que las condiciones climáticas afectan el comportamiento de las enfermedades epidémicas; por ejemplo, los aristócratas romanos se iban a las montañas cada verano para evitar la malaria. Hoy en día, hay suficiente evidencia científica que demuestra la relación entre el clima y las enfermedades infecciosas.

El cambio climático puede causar que las que son comunes en algunos lugares cambien a nuevas ubicaciones geográficas y amplíen su rango. Además, esto contribuye con la aparición de nuevas afecciones y es probable que muchas especies animales modifiquen su comportamiento o migren a nuevas áreas. Es posible que, en algunos casos, éstos entren en contacto con los humanos y transmitan agentes patógenos nuevos, como ya ha pasado. Por otra parte, tenemos el aumento de la población en las ciudades y la concentración de muchas personas en un mismo lugar, lo que da paso a una mayor contaminación y, por supuesto, a los roedores, zorros, aves, que crean una convivencia de especies que permite la evolución de enfermedades.

No olvidemos que hay quienes están más expuestos. Los que viven en las calles o en situación de pobreza, claramente, corren un mayor riesgo, al igual que los que trabajan con residuos; también son más propensos a enfermarse aquellos sujetos que tienen un sistema de defensas más débil. Si hablamos de la raíz del asunto, el motivo principal del cambio climático es el consumo de productos animales, que es, hoy en día, la actividad más nociva y con un gran rango de impacto en diversas áreas. La elaboración de estos productos ocupa el 70 % de la superficie cultivable del planeta y causa su destrucción. Implica la deforestación masiva de diversos ecosistemas, junto con la extinción de especies salvajes, para crear más lugares donde esclavizar, torturar, violar y matar animales. Nuestro aire se contamina por los gases de efecto invernadero que salen de estos sitios y que dañan más que todo el sistema de transporte junto. A esto se suma la enorme cantidad de agua que se destina al mantenimiento de la comida de los animales que serán asesinados allí (se estima que se utilizan 2500 litros para producir una sola hamburguesa y 15 000 litros por cada kilo de carne producido).

Existe una solución muy fuerte que impacta en todas estas problemáticas; una forma de responsabilidad social que ayudaría drásticamente a frenar el cambio climático, a evitar pandemias, a disminuir el hambre en el mundo, todos los tipos de contaminación, la falta de espacio en nuestra superficie

habitables, los padecimientos debido a una mala dieta, la crisis del agua, la deforestación, etc.

Esta respuesta es una alimentación libre de productos animales, a base de plantas y sus derivados. El veganismo podría reducir la huella de emisión de carbono en un 73 %. Asimismo, 16 kg de granos, que es lo que necesita una sola vaca, alcanzaría para dar de comer a dos personas y, en sí mismos, podrían alimentar a 20 humanos. En definitiva, podría estar horas hablando sobre las enormes consecuencias de nuestras pequeñas decisiones diarias, con un respaldo científico y coherente, con pruebas y sin ningún fuerte argumento en contra que no sea capaz de desmentir, y, aun así, se acepte o no que estoy en lo cierto, la abrumante mayoría de las personas no cambiaría sus hábitos. Porque sentir un determinado sabor por un par de minutos es motivo suficiente para asesinar y destruirlo todo.

No hay excusas suficientes para el acto tan despiadado de violencia que estamos realizando todos los días hacia el planeta, hacia otros seres vivos y hacia nosotros mismos. La obstinación gobierna en las mentes de las masas. Están cerrados a una evolución que también los beneficiaría a ellos, todo porque su comodidad es intocable. Mientras menos tengan que pensar y más rápido y fácil consigan las cosas, mejor: ese será el camino y así será el resultado. ¿Qué más necesitan para aceptar la realidad y dejar de sacrificarnos a todos por su propio placer? ¿Cuál es la mentira que te decís a vos mismo para no sentirte culpable? ¿La cultura, tus costumbres? La tradición es presión de grupo por parte de la gente muerta, ¿en eso basás las decisiones que tomás en tu vida? Otra, ¿la plata? Una dieta vegana es igual de costosa o más barata que una dieta corriente, cuando investigás y elegís bien los alimentos. ¿Salud? El veganismo ha demostrado ser la alimentación más saludable de todas; pero claro, informarse cuesta tiempo y trabajo.

Si nos matáramos entre nosotros de la misma forma en que matamos animales, estaríamos extintos en 17 días. Es para pensar el porqué de nuestra inacción ante semejantes circunstancias, pero tenemos la audacia de quejarnos y sentir molestia por algo que no intentaremos mejorar. Nos quitamos la responsabilidad de los grandes problemas porque, claro, una sola persona no puede provocar o cambiar nada tan grave. Y no hay nada más errado que esto, nuestra propia historia nos muestra cómo cada granito de arena cuenta. La próxima vez que te sientas mal por todos los problemas del medio ambiente, por todas las catástrofes naturales y por cómo éstas afectan a la gente, por las personas que mueren de hambre, por las consecuencias del coronavirus, los asesinatos de esos animales que sí te importan (perros,

gatos, delfines, tortugas, osos polares, etc.), la crisis del agua, los niveles tan altos de contaminación, los incendios forestales, y demás, acordate de que estás apoyando ese sistema con cada compra de productos derivados de animales. Si algo de eso te molesta, infórmate y alinea tus acciones con tus pensamientos. Y, si no te importa, examina tus principios, empezá a revisar tus privilegios y a ordenar tus prioridades. Porque “la idea de que algunas vidas importan más que otras es la raíz de todo lo que está mal en el mundo”.

FRÍA INDIFERENCIA

Luisina Malena Alipandri

Los transeúntes recorrían las veredas de la Plaza San Martín, envueltos en sus abrigos y protegidos por cubrebocas. En uno de los bancos, una mujer acechaba con la vista a cada uno de ellos, buscando alguna señal. Observaba con atención, mientras sus manos entumecidas acariciaban su vientre abultado. Usualmente, esta acción la reconfortaba tanto a ella como al bebé, pero hoy ambos estaban intranquilos.

Días atrás, su búsqueda había sido exhaustiva. Se había sumergido en el caudal de personas que transitaba por las calles con la excusa de ir al supermercado y terminaba deambulando sin sentido. No buscaba ayuda de nadie, no la obtendría aunque quisiera: ella era una más de los invisibles, los negados, condenados a deambular como almas en pena. Nadie la miraba, nadie le hablaba, ni siquiera la esquivaban al caminar para evitar chocar con ella. No existía. De todos modos, no necesitaba que cooperaran: aun sin saber bien qué buscar, estar cerca de la gente aumentaba las posibilidades de lograr lo que quería; se convencía de que iba por buen camino.

Sin embargo, esa mañana, el frío calaba hasta los huesos y helaba el alma de los desamparados. El aire gélido entraba por los pulmones y penetraba el corazón, entibiando toda esperanza y acallando la fuerza de voluntad. Se limitó a buscar a lo lejos.

Una mujer llamó su atención. Llevaba a un niño de la mano, alentándolo a seguir sus pasos. Él solo prestaba atención a las palomas que estaban a unos metros, con la curiosidad propia de su edad. La madre, por su lado, parecía apurada; de seguro lidiaba con las preocupaciones que delega la vida una vez que se es adulto.

La envidia se apoderó de la observadora al recordar que, un tiempo atrás, tuvo las mismas preocupaciones: el miedo de no llegar a pagar el alquiler, la paranoia de que te apunten con un arma para robarte la poca plata que llevás encima y el apuro para no llegar tarde al laburo en negro, ese que te paga una miseria. Ya ninguno de estos pensamientos cruzaba por su mente porque no tenía nada que perder, ningún techo que conservar ni sustento que mantener. Hubiera dado cualquier cosa por estar en los zapatos de esa extraña. Ella parecía estresada, pero su nene estaba feliz: tenía puesto un barbijo, pero se le veía la sonrisa en los ojos. Sus mejillas estaban sonrosadas por el calor de los abrigos con los que su madre lo había cubierto.

Quiso imaginar que algún día estaría en esa situación. Sintió el calor del tacto de la pequeña mano de su hijo en las suyas, el peso de acarrear en su brazo los pasos torpes del niño y su hermosa risa al ver la arrugada cara de

un bulldog que se acercaba por la vereda. Tendría unos tres años. Ya podría gritar: "¡Perrito, perrito!", con completa fascinación... A menos que no hubiera aprendido a hablar aún. A menos que la falta de cuidados durante el embarazo le hubiera afectado de por vida.

La fantasía se derrumbó. La realidad era cruel. Incluso si su bebé nacía sano, sería un pobre diablo, sin hogar, sin familia más que la madre que lo llevó a la calle. Si el gobierno no lo arrancaba de sus brazos en cuanto viera el mundo, estaría condenado a vivir como un "sin hogar" desde su primer día de vida. Los refugios no los aceptarían. Siempre han habido pocos lugares y ella era joven: con veinticuatro años, había personas con más prioridad en las colas de espera. Estarían solos, por su cuenta. El hueco penetrante que le carcomía el estómago le recordaba los días de hambre que pasarían, y las puntas heladas de sus dedos, las noches de frío al amparo de la galería del cabildo, tapados con cajas de cartón.

No. Se negaba a que su hijo pasara por eso. Por esa razón, continuaba con su búsqueda. Aun con lo lejano que parecía un futuro similar al de esa madre y su niño, recordaba la razón de lo que estaba haciendo. Estaba decidida a hacer lo que fuera necesario por su bebé.

Aunque su misión era peligrosa, debía hacerlo. Nadie podía elegir cómo y dónde nacer, y, quizás, tampoco fuera posible escoger cómo vivir, pero, si algo tenía claro era que la vida suele dar la posibilidad de elegir cómo se quiere dejar este mundo. Si tenía que decidir entre dejar esta vida siendo una vaga sin hogar o una mártir afectada por un virus, la respuesta era clara. Quería darle lo mejor a su hijo y, si para eso tenía que dejar este mundo, lo haría con el mejor legado que podía darle: una madre que fue víctima de la naturaleza y no de la indiferencia. Si eso se necesitaba para que su niño tuviera un buen comienzo en la tierra, que así fuera.

Existía la posibilidad de que su plan saliera bien. Entraría en uno de esos centros donde aislaban a los enfermos, pasaría los días que tuviera que pasar y saldría otra vez a la calle, con el estómago lleno y plata en el bolsillo. Aún no creía lo que había escuchado en la televisión hacía tres días, cuando se había refugiado de la lluvia en el bar de la esquina: estaban pagando a las personas por quedarse en aislamiento. Ni siquiera cuando los empleados la echaron del bar se arruinó su emoción al escuchar esa noticia y, ni bien la pusieron de patitas a la calle, comenzó a buscar.

El tiempo se acababa. Eran los primeros días de julio y la temperatura seguiría bajando. Solo llevaba tres meses en las calles. Nunca había pasado

por las heladas de invierno y no quería tener que hacerlo. Se estremecía al recordar esos titulares de indigentes que morían congelados por la noche.

Ya lo sentía. Estaba anocheciendo y el sol pronto la abandonaría. Desde ese punto, una larga noche le esperaba. Le quedaba poco tiempo hasta el toque de queda; si no encontraba a nadie, sería otro día perdido. Luchaba por mantener los ojos abiertos y enfocar su vista en la gente que pasaba, pero se estaba volviendo imposible.

"Solo voy a cerrar los ojos por unos minutos. Solo unos minutos". Era el mantra de todos los días. La verdad le aterraba: cada vez que cerraba sus ojos, no sabía si volvería a abrirlos. Siempre intentaba resistir el tiempo que podía, por miedo a quedar atrapada en una oscuridad de la que no fuera posible escapar. Tarde o temprano, su mente la traicionaba, llevándola a sumergirse en esa amarga oscuridad a la que tanto temía. Y, con ella, arrastraba a su hijo que aún nada de la vida había podido vivir.

Mientras se dejaba deslizar hacia la inconsciencia, vio a un señor encorvado sobre sí mismo, tosiendo y luchando por respirar. Aunque una pequeña luz se había encendido dentro de ella, ya era tarde. Sus ojos se cerraron y se rindió ante el cansancio. De su mente desapareció el pensamiento del hombre, de la madre y su niño, de las noticias sobre un peligroso virus. Solo quedó oscuridad.

Si despertaba, seguiría con su búsqueda. Estaba en manos del destino otorgarle otra oportunidad. Mientras tanto, la vida continuaría su curso. Los transeúntes recorrerían las veredas de la plaza San Martín, envueltos en sus abrigos y protegidos por cubrebocas.

C'EST LA VIE, C'EST LA MORT

Stefanía Roque Arbach

Sean bienvenidos a un mundo mental.

Tengo la intención de desnudar mi subjetividad. No desde un punto metafísico ni mucho menos religioso. Y, con esto último, no quiero develar los secretos ocultos entre la señora María Magdalena y ese don, a quien se le llama Cristo.

Quién sabe cuántos siglos, décadas y años habrán transcurrido para llegar a esta hermosa velada. Le dicen "dos mil y pico", pero eso no es de importancia.

Un maldito mensaje viviente.

Escéptica y atrevida, no vengo a complacerte, lector, ni mucho menos a prepararte palabras que sepan a arroz.

Miro, pienso, siento e imagino los mundos mentales de otros, si es que este relato no fuera mío.

Porque soy la peste, las tres cabezas de un lobo y la muerte.

La pandemia de la vida que observa por la ventana de un edificio a la señora de enfrente y se pregunta qué pasará por su mente.

Tengo aspecto de cínico, como ese tal Diógenes de Sinope y sus sátiras, en el siglo IV antes de Cristo. Y vuelvo a repetir que estas palabras no se originan con ningún Dios, ni tampoco me quedo con lo que dice Wikipedia, solo remito a mi cabeza para poner a Sócrates como tutela.

Porque he sido una marioneta, una indigente, una pirata, un poeta, un peón y un rey. Sí, así, entre la "a" y "o", para poder sacarle el lujo y la satisfacción de que usted vacile en una disputa de género, cual competencia en tablero de ajedrez. Porque he sido un rey, una dama, dos alfiles, dos caballos, dos torres y ocho peones. Probablemente, usted, no lo entendería.

Concéntrese, lector, que yo no vine con esta narración a solucionarle la vida. Todo lo contrario, vine a describirla. Pero no se quede con un gusto amargo entre los dientes, ya que, quizás, le deje una reflexión en su mente.

Es que tendría que imaginarse en otras realidades.

Como aquéllos, los payasos de la vida hablan flojo, caminan como cojo y ven de reajo. O como la anciana de la esquina, que se asimila a una gárgola de Notre Dame con sus vecinas.

Personas que vienen de la Muralla China, que pasan desapercibidas. Y aquellos sujetos que se parecen a los aztecas, mayas e incas, trabajando para los colonos, que andan con su dedo índice para arriba y dicen: "¡América!". Y entonces... ¿por qué trabajar? ¿Para comprar? ¿Para vacacionar?

La esclavitud no se terminó, ahora se llama trabajo. Porque "bruto y culto, dos veces bruto".

Individuos que se fijan hasta en la oreja perdida de Van Gogh. ¿Qué sería de Da Vinci y el *Hombre de Vitruvio* si pudieran ver nuestro mundo futurista, controlado por robots?

Personas que reciben a las 3 de la mañana un mensaje de su pareja citando a Frida Kahlo y diciendo: "Yo te cielo"; pensando y sintiéndose interesantes, sin siquiera saber el significado de ese verbo inventado.

Hay romanos en pleno Coliseo que se divierten con la caza de plebeyos o esclavos.

Son quienes caminan por la vida pisoteando sueños no realizados.

Es que, la verdad, me desvelo por las noches pensando en la vacuna contra la malasangre. Pero este lugar no tiene solución. Si un país entero apoya el culo en un sillón para ver a veintidós millonarios corriendo detrás de una pelota, no hay esperanza. Las ideologías ya no existen.

Existe el hombre que actúa así o así. El hombre no proviene del simio. El hombre es un simio que camina parado y caga sentado.

No caiga en la trampa de esa pregunta enigmática que genera angustia al preguntarse cómo podría describir al ser humano en una sola palabra.

No se mienta y no se sorprenda, que la humanidad no se encuentra en peligro de extinción desde ahora. ¿O es que la muerte se hace inmortal porque la OMS ha podido describir nuestra esencia humana en una sola palabra?

Pandemia.

Yo caminaré como el Joker, cantado *That's Life*, de Franz Sinatra. No porque sea un animal sin sentimiento respecto a la situación mundial, sino porque hemos mutado, pero no lo hemos aceptado. Transformados por un microorganismo insignificante en el universo y explosivo entre los mortales. Al final, el virus y nosotros –animales racionales oriundos de un planeta

llamado Tierra—tenemos más cosas en común que discordias. Podríamos ser hermanos, aunque suene paradójico.

Muy existenciales ambos.

Así es la vida. Un signo de pregunta. La anatomía humana que ingiere, deglute y expulsa. Trágica y cómica. Tragicómica.

Así es la vida y no puedo negarla por más que quiera. ¿O sí?

Pero si no hay nada trascendental que llegue un próximo diciembre, voy a enrollarme hasta formar una gran bola y morir.

Y, ahora, lo último y más importante... de tan pesimista que soy, soy optimista. Porque los extremos se tocan y el frío quema.

C'est la vie, C'est la mort.

CHOQUE DE PASIONES SIN VOS

Sofía Zabala

Todos los rincones de mi casa, todas las partes de tu cuerpo, todos los soles que se caen, todos los silencios que se inventan... quedan presentes en mí. Llegan desde lejos, entran en forma de luz por mi ventana, por una escena perdida en el alma: explosión espacial que recorre la imagen de un extremo al otro. De cerca, un plano de tus manos, y se calla todo. Te veo en medio de la luz, sin miedo a caerte. Te veo quitándome la sombra y quiero cerrar los ojos.

Con el silencio, viene la magia. Dejo de mentir.

Puedo escuchar tu corazón desde acá y no dudo de los latidos cuando el tiempo muere. Muere, y paso a buscar a mis amigos; ya no necesito aprender a cebar mate.

Estando en trance, se abrieron las llamas sobre la ciudad; todo lo que descuido se quema. Pierdo la mirada, pierdo al arte como arma, como amor.

Antes del cielo-fuego y del sol-rayo láser, las imágenes y las canciones eran para herir a la impermanencia con golpes desnudos, eran una chance para decir te quiero y entender el rubor. Ahora, se me aparecen como fantasmas que cargan con toda la verdad indecible, imbécil. Parecen débiles, me duelen, me hablan de cómo vibrás a la misma frecuencia que yo, de cómo a vos también te tiembla la mano cuando agarrás la plata.

Todos los todos caen más allá, le erran al momento. Pero, donde se descoordinan y desarman, puedo ver crecer flores, recitales de sueños, brillo, para no olvidarme de las noches de verano al tocar.

Podría odiar, podría convencerme de que mis recuerdos –estos choques de pasiones– tienen el carácter de los juegos de sombras, de la sidra, del temblor. Es que, estando lejos, siento que todo es mentira... menos la música.

Piano, no vos.

Pero sos vos. Una otra, una escultura celestial, otra parte de mí. Confiar siempre fue divino, ¿viste?, por eso perdí mi amor, un suspiro que se desvanece en el blanco y negro de las sombras. Solo logro concentrarme en tus rulitos dorados, que desarmaron mi universo pensado, mis expectativas, la rigidez de mis movimientos. Mis dedos buscan acariciar tu tacto y te moldean a mi lado, en el aire. Sé que seguís en otra parte, desconocida, tu sonrisa mojada, tu sinceridad voraz, todo tuyo, caprichoso, exhaustivamente irreal, pero más cierto que nada.

Y yo no puedo esperar, la espera no es más amor. La quietud es forzada.

Yo no quiero ver nada además de lo que ya sabés, ya intuí.

Me duele el culo de tanto no andar en bici. No encuentro el punto de partida. Me siento carne en medio del vidrio, solo pulsante, como un mecanismo que no expira todavía, a pesar del fuego, a pesar de las constantes explosiones de falsedad y, cada tanto, de espíritu lleno. Contaminada, regida por un ritmo inconsciente, que es de otros, irregular pero inabailable. Y, si intento con el rosa, otra vez, se va a volver azul o verde, quizás, y entonces ya nada va a significar nada. Circulan despistadas mis mentiras, ya no espero las salidas, todo corre por mis venas, menos los días. Esos se quedan duros, tiesos. Los libros se van, eso sí; las películas se quedan flotando en el techo para siempre y las canciones vienen como olas del mar, de golpe, llenas de vida. No conozco el mar, cada tanto lo sueño, debe estar hecho de baba y alcohol o, quizás, de música infinita. Qué sé yo, vivo adentro de mi celular, adentro de mis brazos. Mi espíritu va más allá de las paredes y, sobre la superficie, parece que hay una calidez que guarda todo para mí.

¿Es deshonesto escribir si no sé? ¿No puede venir todo de los sueños? Si no viene desde adentro, no sirve. Porque mis entrañas son tus entrañas. El agua tiene que venir de adentro, como símbolo, como señal, como manera de vernos de nuevo. Los tiempos no significan nada. Esquivar *The love we make*, de Prince, no funcionó.

Me cansé de esta luz, ella también. La quietud es necesaria.

No voy a escribir guiones; solo reflejos, solo abismos, solo lo que queda después de que arde todo.

CRISTALES

Victoria Vercellone

El barrio había muerto. La plaza se encontraba desierta. Ya no había niños en las hamacas o los toboganes, ni correteando por el verde mientras remontaban barriletes con los fuertes vientos del invierno. La gran casa de ladrillos se alzaba imponente frente a la plaza, con su gran porche y la enredadera que subía por la pared de enfrente. En una de sus altas ventanas y sentada en la escalera, asomaba una joven de largos y enredados cabellos color castaño, vestida con su pijama azul. Sostenía un libro en sus manos, pero su atención iba dirigida a la desértica manzana verde que había allí abajo. Ella comprendía lo que pasaba, pero la frustraba saber que ya no saldría hasta que fuese seguro para todos; hasta que fuese seguro para ella. Sus pensamientos volaban entre sus recuerdos, deteniéndose principalmente en aquellos en los que aparecía él. Recordaba su pelo ondulado y rebelde, sus mejillas con un suave sonrojo permanente y sus ojos con ese brillo tan especial. Ella lo extrañaba mucho, pero no se animaba a confesar lo que sentía por el joven. Un pequeño brillo cruzó por su mirada al recordarlo.

Sin embargo, un movimiento la sacó de sus pensamientos. Por el parque cruzaba una mujer rubia, alta, con un vestido floreado y zapatillas para salir. Atravesó la plaza hasta llegar a la casa enfrente de donde miraba la joven. La señora tocó la campana de la casa y, al poco rato, salió un hombre barbudo y fornido, que abrió la reja de entrada y la dejó pasar. La chica miró sorprendida. Era la primera persona que veía afuera desde que comenzó todo. Luego de que la mujer y el hombre desaparecieran por la puerta, la vista volvió a ser la misma. Nada. Una manzana verde, repleta de árboles y juegos oxidándose. Casas donde no parecía haber personas. Calles donde no pasaba nada ni nadie. Ni los jóvenes en bicicletas, ni los adultos en autos o motos, ni los niños en patinetas, triciclos o acompañados por sus madres en los cochecitos. La escuela de la esquina estaba vacía. El viento soplaba moviendo suavemente los árboles.

Ya nada era igual. Ella ya no caminaba las tres cuadras a las seis de la madrugada para tomar un colectivo hacia la escuela. Ya no se juntaba con sus amigos a la tarde o a comer unas pizzas. Ya no sacaba la bicicleta los sábados para ir al polideportivo, donde se encontraba con su grupo de amigos y compartían una agradable tarde. Ya no esperaba a que fuera domingo para sentarse en la plaza, debajo de ese gran ombú, más viejo incluso que el barrio, con su computadora y sus auriculares, a escribir en su libro. Extrañaba sacar su disfraz medieval del armario e ir a las ferias que se armaban en los parques. Extrañaba tantas cosas y personas. Ahora, ya no hacía nada. No pintaba. No escribía. Ya ni sonreía como antes. Su mundo se apagó lentamente con un encierro obligado y estricto. Las luces, que antes estaban

constantemente encendidas dentro de ella, se apagaron para dejarla en una oscuridad inimaginable. Una oscuridad en que ni los ojos felinos podrían es-carbar.

La joven desvió la mirada hacia la pintura que había frente a ella. No era muy elaborada, a decir verdad. Simplemente, era un corazón dibujado a lápiz, donde las venas estaban resaltadas con fibra sobre la plastificación que tenía. Era su primer gran obra y su mayor orgullo. Entonces, la joven tuvo una idea y sonrió. De un salto, se levantó y bajó las escaleras hasta la oficina. Sacó materiales y volvió a la ventana. Entre recuerdos y risas, comenzó a dibujar. Recordaba las fiestas que daba el vecino. Los asados de fin de semana. El grupo *scout*, con la venta de locro y empanadas para días festivos. Y, mientras recordaba, los marcadores se desplazaban por el vidrio formando líneas que se convertían en dibujos.

—¡Linda! —se escuchó gritar desde abajo—. Ya está la merienda.

La joven sonrió y guardó todo. Bajó las escaleras de dos en dos y se sentó en la mesa. Y, en la ventana, quedó plasmada el alma del barrio. Las fiestas, los niños jugando en la plaza y el gran ombú lleno de hojas y personas a su alrededor. Y el barrio volvió a florecer.

**FRAGMENTOS DE UN DIARIO
EN CUARENTENA**

Tomás Lucero

Domingo 5 de abril de 2020.

Hoy, el rol que mi boca interpretó durante tantos años lo cumple el baile de mi mano trazando tinta por esta hoja blanca, luego de dos semanas de huelga que acumularon un torrentoso bulto de pensamientos, ya deseosos por desertar. Temblaba de los nervios.

Esta crisis, que se da en una sociedad hiperindividualista, me aísla en este terreno y cerca los pensamientos en mi cabeza, fermentándolos.

Este diario es consecuencia de este parvo, resultado del azar, que pugna por replicarse y nos recuerda que, por más poder que acumulemos a costa del sufrimiento ajeno, seguimos siendo monos, sitiados en nuestra epidermis. Que por más abstraída que esté nuestra alma en el vicio digital de los estímulos, habitamos aún cuerpos. Frágiles y mortales cuerpos.

No me escabullo aquí a hacer crítica. Podría decir miles de cosas sobre cómo hoy padecemos tanto este desastre, porque el medio se volvió el fin y esta lucha por acumular capital corrió el foco del proyecto que verdaderamente debería unirnos: la humanidad. Este diario no es para seguir sumando ruido de parte de otro ignorante, es para huirle a la ansiedad de mi soledad.

Miércoles 6 de mayo de 2020.

Me fui de la ciudad, huyendo de la soledad de estar rodeado de gentes que no son más que obstáculos en el camino. Hui de no poder ver el horizonte. De monstruos de hormigón revestidos de deseos inalcanzables; imágenes grotescas que me prometen una falsa felicidad a cambio de mi constante infelicidad, de mi tiempo.

Me parecía insoportable la idea de estar rodeado, en la misma manzana, por cientos de personas, y no conocer a ninguna; la idea de que no exista la comunidad.

Hoy, encerrado en mi burbuja de pájaros nadando, vientos densos y ruidosos silencios, vuelvo a estar encerrado en lo peor de la urbe.

Luces de neón y sonidos constantes que no me dejan dormir, gritos de gentes que no se ven humanas entre sí.

Perdí de nuevo los horizontes por estar encerrado en los píxeles que escupen imágenes falsas, hegemonías monstruosas.

No puedo liberarme de este aparato que me llama a cada rato, me seduce, incitando mis punciones más primitivas.

Soy el producto que este plástico interactivo vende a los anunciantes.

Hoy, el canto de los pájaros me aburre por estar acostumbrado a sus estímulos.

Hoy, dejé de apreciar una obra que cautivó mi intelecto por la falsa sensación de comunicarme con alguien.

Ya no puedo estar solo con mis pensamientos; ponerlos a prueba. Este espejo negro reafirma constantemente mis ideas. Ya no puedo ser crítico.

Domingo 5 de julio de 2020.

Se enredó la
Puerta antes de llegar
A cerrar el paso

Miércoles 23 de septiembre de 2020.

Hoy, mirando fotos, llegué a la conclusión de que la felicidad existe únicamente en el recuerdo.

(...)

Hoy salí de casa.

Leí por algún lado que hoy era el día en que la plaza vecinal podía estar llena otra vez.

Me puse, después de meses, la máscara, y salí a caminar por las calles que anhelaba. Mi corazón saltaba, sentía que se me iba a salir del pecho. Mis piernas caminaban solas y, con la cabeza perpendicular a mi paso, vi cómo los árboles se apiñaban constantemente unos sobre otros, hacia atrás.

Mis pasos marcaban el ritmo que cantaba un pájaro:

Pitojuán-pitojuán
Bienteveo-bienteveo
Bichofeo-bichofeo

En cada repetición de su canto se presentaban los relatos de las tierras que me criaron.

A lo lejos, se escuchaba in crescendo un murmullo: estaba cada vez más cerca de volver a encontrarme con mi pueblo.

En mi cabeza, abracé y besé a cada uno, antes de llegar, y solté todo, todo lo que el tiempo hizo que acumule, todo lo que mi alma vino cargando y el amor que sentía por ellos. ¡Oh, cuánto los extrañé!

Pero mi corazón latía tan rápido que se volvía pesado, latía en cada parte de mi cuerpo. Volvió mis piernas pesadas. Mi vista comenzó a nublarse y mi cabeza era una bruma.

A lo lejos, se observaba la comuna de gentes festejando, pero yo no podía verlos; los espectros de todos mis miedos me atravesaban, llenándome de escalofríos. No comprendo aún qué me sucedió en ese momento, pero lo último que tengo en la memoria de esa bruma fue una electricidad atravesándome, el sudor de las manos, un vecino que se acercaba y el millón de pensamientos tratando de salir al mismo tiempo por mi boca. No pude ordenar en palabras ninguno. Corrí.

LA PANDEMIA Y LA VISIBILIZACIÓN DE LOS INVISIBLES

Agostina Rosa, Camila Langlemey y María Camila Egeuz

En estos tiempos de pandemia, muchos sentimos que hemos perdido nuestra independencia... pero ¿somos, acaso, una sociedad independiente? ¿O aquellas prácticas e ideas del colonialismo aún permanecen? Es común creer que éste ha terminado, pero, siguiendo las líneas de autores decoloniales, como Aníbal Quijano, podemos afirmar que aún persisten prácticas coloniales, denominadas colonialidad del poder, en nuestra sociedad. Estas prácticas son reproducidas día a día en todos los ámbitos, y, en esta ocasión, haremos énfasis en el impacto que produce en el contexto de pandemia actual.

Como es de público conocimiento, el COVID-19 y el aislamiento social cambiaron las vidas de las personas de una forma drástica e inesperada. Sin embargo, ¿será que todos lo vivenciamos de la misma manera? Generalmente, escuchamos discursos que universalizan la situación actual, tales como: "todos estamos afectados por esta problemática", "vamos a salir de esto todos juntos", etc.

Ahora bien, ¿quiénes son esos todos? Boaventura de Sousa Santos nos permite afirmar que existe una línea abismal entre aquéllos que se encuentran perjudicados actualmente por la pandemia y aquéllos que siempre lo han estado por diversos motivos, tales como el racismo, la xenofobia, la exclusión social y la pobreza estructural; a lo que se suma, además, la situación actual. Entonces, aun sabiendo que el virus puede afectar a cualquier persona, esos *todos* son solo aquéllos que globalizan las experiencias en la pandemia desde un canon hegemónico; gente que, siguiendo a Ramón Grosfoguel, viven con privilegio racial o, en otras palabras, personas formadas dentro de la supremacía blanca, occidental, ilustrada, con más recursos económicos y cuyas voces son escuchadas y valoradas socialmente. Ellos son quienes han percibido un cambio rotundo en sus vidas y se encuentran más preocupados por esta enfermedad.

Por otro lado, aquéllos que han vivido siempre dentro de la pobreza estructural del país y son víctimas de desigualdad, marginación y racismo, viven algo completamente distinto, siendo la pandemia "una cosa más" en su lista de problemáticas: poder comer, no pasar frío, ser estigmatizados y excluidos; en definitiva, ser deshumanizados. La tesis de Frantz Fanon, en su libro *Los condenados de la tierra*, nos explica que las personas que viven con privilegio racial están en la zona del ser, y, por debajo de ésta, viven los descartables e invisibles en la zona del no-ser. Estas zonas no se corresponden con países o regiones geográficas, sino con grupos sociales. Así, *seres* y *no-seres* conviven en un mismo espacio en donde para que exista un *"yo soy"* siempre tendrá que haber un otro que *no es*.

Desde que comenzó la cuarentena, han sido publicadas muchísimas noticias sobre profesionales de la salud que fueron amenazados, heridos e incluso echados de sus edificios.

Aunque parezca ilógico, los mismos que atienden y curan enfermos por COVID-19 fueron atacados bajo el argumento de "expandir el virus y poner en riesgo la vida de todos". Podemos relacionar estos lamentables hechos con los conceptos mencionados anteriormente: los profesionales de la salud han sido desplazados de aquella posición de "héroes", cuando eran aplaudidos desde los balcones, a la posición de sujetos violentados y marginados de la *zona del ser* a la que pertenecían. En este sentido, si bien son personas formadas académicamente y eso les otorga privilegio racial, en este momento, también son concebidos como un "otro que viene a infectar a todos". Así, médicos/as y enfermeros/as han sido convertidos en *no-seres*, invisibilizados como quienes lo han sido a lo largo de la historia: los excluidos que, paradójicamente, en la situación actual, son vistos y tomados en cuenta. Ante esto, nos preguntamos: ¿por qué la pandemia vuelve visibles a los *no-seres*? Desde una perspectiva decolonial, sostenemos que esta visibilización parte de políticas que regulan la vida social con el objetivo de evitar la expansión de la enfermedad hacia quienes pertenecen a la *zona del ser*, pues este virus traspasa las líneas divisorias entre grupos sociales, a diferencia de enfermedades consideradas propias del contexto de pobreza y exclusión, tales como el dengue en Latinoamérica y el ébola en África, para las cuales no hay regulaciones ni controles con la magnitud con que sí los hay para el coronavirus. De hecho, respecto del COVID-19, sí hay un interés científico y social en diseñar una vacuna en tiempo récord, mientras que para las otras enfermedades no. Podemos observar la diferencia entre seres y no-seres representada también en la posibilidad de acceso a los productos necesarios para atravesar esta pandemia: mientras que hay personas que no tienen ni agua potable para lavarse las manos, otras pueden elegir entre distintos diseños de barbijo o el tipo de jabón que van a comprar.

Luego de hacer un profundo análisis de lo que hay detrás de este contexto de aislamiento social, revisaremos algunos de los discursos más escuchados y reproducidos en estos tiempos:

"Luego de la pandemia, va a quedar un nuevo mundo", "vamos a ser una sociedad más empática", "cuando pase esta situación, nos abrazaremos entre todos". Sostenemos que el egoísmo extremo es lo que moviliza actualmente a la zona del ser, que se ve amenazada y busca su propia salvación.

Cuando esta situación termine y el coronavirus ya no sea lo primero en la lista de urgencias, ¿lo serán los niños que mueren de hambre, día a día, en nuestro país? ¿Lo serán quienes no tienen acceso a recursos básicos como el agua? ¿Lo serán las víctimas del racismo y la xenofobia? ¿Realmente seremos más empáticos y desaparecerán las desigualdades? No lo creemos así.

Para que esto ocurra y todo lo anterior no quede en la mera reflexión teórica, es necesario tomar acciones: no deben existir seres invisibles y, por ello, deben revalorizarse todas las formas de pensamiento históricamente excluidas por el canon hegemónico, dejando atrás concepciones universalizantes. Se trata, como dice Enrique Dussel, de pensar analécticamente para la alteridad y la empatía. El punto es, volviendo a De Sousa Santos, des-pensarnos para re-pensarnos, trascendiendo este pensamiento abismal de división humana, construyendo un pluriuniverso en el que todos seamos seres: si todos somos, nadie no es.

LANZARSE ADELANTE

Emilio Poeta

Luego de varios días de extenuante trabajo de búsqueda y relectura, concluyo, no totalmente satisfecho, mi recopilación de algunos mensajes que intercambié con un amigo contertulio, C., durante estos meses de confinamiento. Al exponer estos fragmentos, me tomo la libertad de ocultar mis intervenciones, ya que, a mi criterio, no aportan a la experiencia de leer las ideas vivas de C. Vivas, no por su trascendencia en la vida operatoria, sino por la crudeza y el desorden en el que se expresan, propios del acto reflexivo más apasionado. Además, debo advertir acerca del carácter abierto que atraviesa nuestras charlas, las cuales no pretenden dar respuestas, sino formular preguntas.

Sin más dilación:

05/06/2020

En un comienzo, la relación la creía totalmente unilateral; no imaginaba otra forma de interacción entre mi entorno y yo. De forma dinámica, aprehendía los objetos que me rodeaban. Consciente de su presencia, disfrutaba observarlos, acomodarlos y disponerlos; pero, con el paso de las semanas, ese dinamismo fue apagándose. La monotonía de mi casa comenzó a ser inquietante. Sentía incluso que los objetos de alrededor se opacaban día a día. Progresivamente, su influencia se hizo notar sobre mí.

Estaba en un constante conflicto con el escritorio, la cama, el ropero, el lavarropas y más. Al mismo tiempo que se escapaban de mis manos las cosas, éstas me apresaban, anquilosando mis rudimentarias herramientas cognitivas para superar estados de ánimo negativos.

Como ves, se asemejaba a la jubilación en mi juventud.

13/06/20

No, todavía no defino qué voy a estudiar; de hecho, es algo que ocupa mi mente con frecuencia. ¿Nunca pensaste lo restringido que es el espectro para las carreras que uno puede elegir? ¿Qué pasa si el día de mañana quiero estudiar una licenciatura sobre construcción de estanquitos japoneses? Me tengo que cagar en la idea.

Hay quien dirá que el sistema pisotea tus proyectos, moldeándolos a una funcionalidad que perpetúe la existencia del mismo. Lo cual no es totalmente errado. Pero pensá en lo que vivimos ahora: disponemos de un montón de tiempo para pensar, planear, organizar y, como diría alguna frase en la pared de un café, "ser uno mismo". Sin embargo, estamos igual que cuando

arrancamos la cuarentena; capaz que peor. ¿Qué es lo que nos ocurre? ¿Por qué se nos complica el estar solos y proyectarnos? ¿Será que no podemos cambiar debido a que estamos mitad adentro y mitad afuera de nuestra vieja rutina?

Encuentro dos líneas relevantes para profundizar un poco sobre lo dicho anteriormente. Por un lado, creo que hay un problema de conciencia sobre nosotros mismos. En el planteamiento "sé vos mismo", utilizado ad nauseam, se encuentra una encrucijada angustiante: ¿cómo saber quiénes somos si, al momento de ser consciente-de, lo que hacemos es separarnos en dos mundos distintos? El enunciado propone la imposible conciliación de la conciencia con el ser.

Por el otro, no creo que el concepto de alienación baste para explicar lo que pasa; no se trata de un fenómeno vivido exclusivamente por la clase trabajadora. Desde lo que yo observo, también sufren durante la pandemia los –anticuadamente denominados– burgueses. Considero que es, más bien, un problema que puede encontrar ayuda en la idea de libertad construida por Sartre.

Son tres los argumentos que el intelectual francés sostuvo para consolidar su posición acerca de la libertad, a la que interpreta como una condición inevitable de la realidad humana. El primer argumento es que somos libres porque el pasado ya no es, por lo que no puede determinarnos en el presente. El segundo propone que somos libres producto de nuestra existencia; esto es: no tenemos una naturaleza, ninguna esencia predeterminada, por lo que el humano se define a sí mismo. Por último, la contradicción de la idea de Dios (imposibilidad de la unión entre la conciencia y el ser absoluto) garantiza nuestra libertad. Me podrías responder que tiene un aire de acercamiento positivo propio del coaching de un anuncio de YouTube o que sugiere, tímidamente, que una elección subjetiva de interpretación puede cambiar condiciones materiales; y estoy de acuerdo. Pero lo que me parece relevante es el argumento de la falta de esencia predeterminada, ya que, incorporando esta idea a nuestras proyecciones, se habilita un mundo de posibilidades donde se afloja la rigidez de los diseños que imponen las estructuras sociales. Además, refuerza mi desavenencia con la alienación, ya que, para que esto ocurra, el ser humano debe tener un curso natural que seguir; idea que la teoría sartriana rechaza de cuajo.

14/06/20

Ahora, respecto de los proyectos, hay una objeción importante a contemplar:

¿Cómo dilucidar la viabilidad de un proyecto que rompe con los esquemas habituales? Asumiendo que es posible el delineamiento de un plan semejante, esa pregunta es central, ya que de eso depende el vigor y la convicción con el que se llevaría a cabo. La respuesta a ello la desconozco, pero me parece pertinente, a modo de advertencia, la siguiente reflexión de Victor Hugo: "Es preciso que el soñador sea más poderoso que el sueño. De otro modo, corre atroz peligro". Trazar un mundo futuro en el que el protagonista es el autor dificulta fuertemente la capacidad de un extrañamiento deliberado que permita notar sus incoherencias.

15/06/20

Las proyecciones son bosquejos del futuro a los que saltamos desde el presente; el único momento de tránsito donde se manifiesta la diferencia entre nuestra forma de existir y los seres en-sí que no podemos ser. Ahora, si el futuro es nuestro proyecto, y el presente, nuestra resbaladiza existencia... ¿qué es del pasado? En el dejar de ser constante que significa la realidad humana, se acumulan todos nuestros actos realizados, constituyendo una esencia en-sí; inmodificable, pero interpretable. Entonces, imaginemos que busco explicar el problema que te comenté el otro día, el de la interacción con los objetos. Luego de cavilar sobre ello, saco una conclusión... y ¿qué? Debería ser útil para algo, ya sea para cambiar algo ahora en mí o en el futuro. Si así fuere... ¿se refuta el primer argumento sartriano en favor de la libertad ineluctable del humano? Yo no estoy seguro. Para mí, el pasado es más bien un condicionante, nuestras acciones estriban y estribarán en un campo bastante reducido según lo vivido, pero no determinado.

19/06/20

La condición inerte de la humanidad es un tema tratado por decenas de pensadores a lo largo de la historia, no solo en relación a la naturaleza, sino también en relación a los demás humanos. Yo adhiero a la postura que sostiene que la libertad permitiría elegir qué "camuflaje" utilizar para ocultar nuestras deficiencias. En el contexto en el que estamos, encerrados en nuestras casas con familiares, sin necesidad de hacer uso de este enmascaramiento defensivo, surge la pregunta: ¿es válido tomar como "auténtico" lo

que manifiesta el camuflaje, en lugar de lo que manifiesta la persona al “descubierto”, puertas adentro? A lo que quiero ir: ¿no somos más reales de cara a los desconocidos que a los conocidos?

LOS TONOS GRISES

María Valentina Fernández

—¡Nos vemos el lunes! —grité mientras saludaba desde la lejanía a mi grupo de amigos, un viernes a la salida del colegio; el último viernes que recuerdo sin el uso de una tela que me tapa la boca, me impide respirar, me impide vivir.

No recuerdo qué hice ese día, o el día siguiente, o el domingo durante toda la tarde. Lo único que recuerdo es ese instante. Un momento. La sonrisa de mis amigos, sus ojeras, las mías. Su cansancio, el mío. Estábamos felices. El último año de secundaria, rodeada de las personas que me acompañaron durante tanto tiempo.

En una clase virtual, una profesora preguntó: "¿Cómo los hace sentir la cuarentena?". Tal vez para llenar un poco el vacío que aparece al pensar que nuestro último año, el que más disfrutaríamos, se fue a la mierda. Pero no, ella no quería nada de eso, solo quería que pasaran los sesenta minutos obligatorios en los que tenía que hablarnos, para después hacer las cosas que hacen los mayores de cincuenta.

Su pregunta fue equivocada. "¿Qué hacen para no sentir?"; esa es la pregunta.

Cocino, me ejercito, acomodo mi pieza, me baño, me peino, trabajo, vuelvo a ejercitar, me desvelo para no sentir, para no soñar algo que no fue y nunca será. Para no esperar recuperar lo irrecuperable, porque el tiempo no vuelve y los momentos se esfuman.

No quiero sentir. No quiero sentir pena al ver esos pedazos de tela guardados en mi placar, que en algún momento fueron rojos y azules, con letras que no se distinguen por el polvo, pero que, si mi memoria no me falla, tienen un número y varias palabras: "XX. Sexto. Economía".

No quiero llorar después de cortar una llamada con mi mejor amiga, porque la extraño tanto que se me desgarran el alma; no quiero desmoronarme por terminar una relación con ese amigo novio con el que fuimos todo durante 5 años, pero, a la vez, nada.

Quiero un abrazo de mi mejor amigo. Quiero tomar una cerveza y unos mates con mi prima. Quiero salir a la calle y gritar que terminé el secundario, que lo logré, y con las mejores notas. Quiero llevar la bandera. Quiero presenciar un acto con ella.

Quiero, quiero, quiero muchas cosas. Pero no tengo ninguna.

Por eso, no quiero sentir. No quiero sentir que estoy perdida, aunque todos me digan que tengo un futuro brillante por delante. No quiero tener más clases virtuales de canto, quiero ir al estudio con mi profesora y cantar desde el alma.

Quiero salir sin miedo.

Quiero sentir un abrazo, un beso. Quiero sentir ruido, mucho ruido, porque al silencio lo escuché durante cuatro meses y tengo miedo de quedarme sorda.

Quiero salir con mi familia en el auto, cantando canciones de Rata Blanca, No Te Va Gustar y Abel Pintos, a todo pulmón, mientras compartimos el mismo mate, con un rumbo desconocido, pero siempre juntos.

Así que, si respondo a la pregunta incorrecta de mi profesora, la respuesta correcta sería: "Me hace sentir para la mierda. Pero también me hace desear, me hace valorar, me hace amar y me hace extrañar todas las cosas que siempre fueron cotidianas, todas las cosas que más disfrutaba: un momento, una persona, un abrazo. Quiero volver a vivir. O comenzar a vivir por primera vez."

Me alejé de personas prescindibles que creí imprescindibles, me amé en soledad y me acepté. Acepté que las personas no siempre quieren lastimarme y que tengo que perdonar, porque no me voy a pudrir por dentro por vos, flaco.

Así que, sí, la cuarentena es fea; el virus, aún más.

Pero no me puedo lamentar por lo que no viví. Antes de la cuarentena, tuve una vida. Cuando termine, seguramente tendré otra totalmente distinta. No sé cuál será mejor, lo único que sé es que uno no puede vivir en los grises, porque la vida es triste en tonos grises.

Por eso, agarré los "quisiera poder hacer esto" y los "cómo extraño esto", y los tiré a la basura.

Viviré en los negros y blancos, o tal vez en los colores, pero nunca más en los grises; no más. Cuando todo termine voy a ser como la mariposa, voy a renacer.

Voy a ser un puto arcoíris.

Porque para medias están los pares; para grises, las películas antiguas; y para revivir estoy yo.

NOS REINVENTÉ

Carmela Trejo Rodríguez

Estaba el día tan caluroso que ni siquiera nos dimos la mano al pasear por el centro; charlamos más de lo que caminamos. Me acuerdo a la perfección lo que tenías puesto, una sonrisa de oreja a oreja que combinaba con tu tarareo al caminar y tu pelo despeinado; ese que, aunque le echas la culpa al viento y lo acomodas con la mano mientras te ves en alguna vidriera, sé que no peinás. Diría que tus ojos brillaban cuando me mirabas, pero me mentiría. Solo le hacés ojitos a los perros callejeros, y ese día no fue la excepción. Cuando nos sentamos en el parque se acercaban a vos moviendo la cola con dulzura y, después de que se acostaran al lado tuyo, te leí el último poema que había escrito. Sigue en mi cuaderno, no lo volví a leer, lo terminé de escribir ese mismo día volviendo a mi casa; expresaba algo de frustración por la rutina, los bondis llenos, llegar tarde y sentarse en un banco para descansar y terminar con un chicle en el pantalón o darse cuenta de que una paloma te usó de baño químico.

Siempre te leo con muchas ganas, me gusta darle énfasis a las palabras, pero creo que ese día me pasé de energía. Yo no soy mucho de creer en la fuerza de atracción, pero ese poema, como libro de quejas al común malestar del día a día, un tiempo después me hizo pensar en lo peligroso que es que tus pedidos se hagan realidad. ¡Wow! ¿Cuántos dientes de león habré soplado pidiendo algo sin saber a costa de qué? Si hubiera sabido que no te iba a ver por tanto tiempo, creo que hubiera elegido que se me pasara el bondi en frente de la cara y que en la parada me cague una paloma en cada hombro, subir así al bondi lleno y tocar un chicle recién pegado abajo del asiento.

Y es que muchas veces estamos distantes –puede ser porque vivimos bastante lejos–, pero siempre nos separaron calles, otras actividades o responsabilidades. Sin embargo, ahora nos separa algo que no tiene barreras. El otro día lo dibuje para dimensionarlo y parecía un moco. *Coronavirus*, un nombre que escuché más que el mío. Está bien que me sacó totalmente de la rutina que tenía, pero esto es aún más estresante.

Realmente me gustaría que nos diéramos la mano y camináramos a donde fuera, sin importar el calor. Sin embargo, no podemos hacer eso y lo sé. Siempre escuché que dicen que uno quiere lo que no tiene; yo creo que es un poco y un poco. Amo lo que tengo y quiero lo que no tengo –si pensamos a “tener” como cercanía–. Imaginate que te tengo a una videollamada de distancia... pero no te tengo. Todo aumenta mis ganas de verte. ¿Cómo no voy a querer pasear con vos?

Ayer estuvo fuerte el sol y me acordé del último día en que nos vimos. Hice mil y un protocolos para que caminemos de la mano: bolsas, trajes de astronauta, mezcla de sudor y alcohol en gel... pero no los envié. Creo que, capaz, hay otros protocolos que, como dice el noticiero, son "de primera necesidad". Y es que verte no es una necesidad para mí; más bien, sería todo un placer. Así que, en vez de seguir pensando protocolos en esta "nueva normalidad", empecé a inventar. Me invente nuevas formas para decirte que te quiero, aunque siento que todo está tan lejos; fantaseo con mil reencuentros; hoy baile viéndote llegar a mi casa, aunque era solo un sueño; me creé nuevas maneras para abrazarte a lo lejos... te hice un cuento.

PLOMO EN EL INFIERNILLO

Elías González Basualdo

Plomo en el infiernillo

Primera y segunda parte

I

Hace mucho tiempo no escribo
qué importa
las sombras que habitan
por mi cuarto van dejando
pasillos oscuros
en los cuales me pierdo.

Una línea extensa
retoma el tiempo,
me siento atascado,
como si no avanzara,
como si se rindiera
y quedase más duro
que los pibes en Navidad.

Todo comenzó en marzo,
hay un buen muchacho por foco
solo en instantes
mi risa se balanceaba
en una Córdoba joven.
La gran causa explotó
en mi cumpleaños.

Ya no hay más compromisos
para los cuerpos irrompibles
-No, padre-
su tiempo ha llegado,
en cambio, esa noche, Víctor
miraba el cielo.

Las semanas siguientes he de admitir
que las almas quilomberas
dormían en sus casas,
confieso
que dentro de estos patrones de arbolada

tenías que correr
o vender la pepa en algún pabellón.

Desde el fondo se hoye
luminoso objeto
que de la oscuridad has engendrado.
Qué haces en la calle mocososo
me dice
vengo a buscar a...

Ya no hay más tiempo
para los cuerpos destruidos
en las profundidades del abismo
el frío se vuelve un lujo.

La cumbia se desprende
por los altavoces del parlante
yo veo el llegar
como una bola imparable
hay una vasta diferencia
que marca las mentes distorsionadas
con los sujetos comprados,
de un lado
la chapa
del otro
un Nativo sobre mi mano.

La plaga se alza
en las puertas de los pibes,
la plaga mira vidrioso
zamarrea su cintura con dominación
mueve el plomo
como la peor de las muertes.

Hugo me mira
desde el fondo de la ventana
cagamos fuego
pienso en los lugares de mi mente
siento que todos los pelos de mi cuerpo
se han levantado

a lo que le contesto
que la sangre del redentor
va a tener que ser tomada
tras cuatro paredes
tres pitufos nos separan
yo, te hago la seña
vos, la cachás en el aire
ahora en más
somos misiles imparables volando
en la oscuridad de la villa.

II

Y más allá de la humedad
las almas se vuelven conscientes
que con todo este silencio
podrían escaparse,
por lo menos un rato,
sin que nos demos cuenta.

Nos frenamos en el infiernillo.
Mis pulmones eran máquinas
bufeantes a punto de explotar
la gran limitación vegetal
separa el barrio
con ciudad GAMA
del otro lado del hierro
hay libertad
cuando me doy vuelta
varios rayos de luz
tratan de encontrarnos.

Era así:
por el caminito
a la derecha
cruzar el árbol caído
cruzar la playita
y luego de todo
arder el porro
como la mejor de las anestésias.

Desde el fondo se hoye
azulado objeto
que de la oscuridad has engendrado.
Quedate quieto hijo de puta que te bajo.

Sacó el chumbo
apuntó a las "grandes fuerzas del terrorismo"
y caíste (sin gracia ni efectos de cine).
Podría jurar que todo el mundo
se quedó estático
para admirarte el tórax forrado de sangre.

Al día siguiente volví:

Tu cuerpo estaba tan lleno de agua
que no se lo llevaba la corriente
emanaba un olor inconfundible
el mismo que dijiste que ibas a largar
el mismo que dijiste que pasaba
cuando los fiambres
son cortados con plomo.

Los tipos blancos
pisaron el barro del infiernillo
a la mañana próxima,
te miraban a los ojos
te tocaban la piel
te analizaban hasta la médula
te subieron a esas camillas
con fama de desaparición
yo te quise frenar
desde el fondo de la tierra
pero una vez
te subiste a una ambulancia
y no te volví a ver
ni en mis sueños más caóticos.

La luna
se posa en el cielo
el general me mira

desde el fondo de su pecho
yo le digo
sí, acá
el virus ha retomado las calles
el virus salpica su odio
como una lluvia de Ballester-Molina
como el agua
reposando en los órganos
de un muerto.

Ya no hay más tiempo
para los cuerpos destruidos,
en las profundidades de mi alma
tu voz se vuelve un lujo.

¿QUÉ LES CONTARÉ?

Wanda Abril Martínez

A mis nietos y bisnietos, quizás, en algún momento, cuando hablemos de todo lo sucedido en el 2020, muy probablemente les contaré que en ese entonces los noticieros anunciaban una enfermedad aparentemente originada en China, que rápidamente comenzó a expandirse por cada rincón del mundo, cada país, cada ciudad, y que pronto, sin dudar, llegaría a Argentina.

Entonces, el día llegó.

El reconocido señor de bigotes, nuestro presidente, emitió un comunicado por Cadena Nacional, en donde anunciaba la llegada inminente del virus del que se hablaba en todo el globo: el ya famoso coronavirus. Indicaba que ya no podríamos salir de nuestras casas bajo ninguna circunstancia, que era la única manera de evitar el contagio, que debíamos cuidar a los mayores y que la responsabilidad era de todos. Todos seríamos héroes, todos éramos uno, todos teníamos que salvarnos, pero la gente no respetaba las medidas y se dictó un toque de queda; ese famoso toque de queda que, una vez más, se anunciaba en algún capítulo de Los Simpson.

Quien saliera podría caer en prisión o morir en la horca. Sumado a esto, de la noche a la mañana, el clima repentinamente cambió. El cielo se volvió oscuro día y noche, se escucharon las trompetas del apocalipsis que anunciaban que el final estaba cerca... Nadie sabía qué iba a pasar, la gente corría desesperada por las calles; otros se suicidaban desde lo alto de los edificios; se agolpaban desesperados en los supermercados, como si el fin del mundo llegara, comprando lo esencial para recluirse en sus casas convertidas en búnkeres –lo esencial, claro, papel higiénico–, creyendo que así sobrevivirían.

Cada búnker se convertía en una prisión. La convivencia entre parejas se volvía cada vez más dura y esto provocó el incremento de divorcios. Por otro lado, los jóvenes y adultos comenzaron a hacerse estilos extraños de cortes de cabello, los hombres se pelaban y las mujeres se cortaban el flequillo, lo subían a las redes con el lema "queda facherito, eh", haciendo videos, vivos y nominaciones en las redes sociales. Ante esto, familias desechas y esposos alarmados comenzaron a dejar a sus familias, huían despavoridos, no les importaba que los llevaran presos.

Y, cuando nada podía ser peor, se incrementaron los precios de las harinas, el aceite y el azúcar, ya que todos comenzaban a creer que lo que habían visto en MasterChef daría fruto.

Las personas vivían de noche y dormían de día, eran absorbidos por las pantallas. Miraban series que, después, se trasladaban a la vida misma, por-

que cada comunicado de prensa, que se renovaba semana a semana, anunciaba que la ya larga cuarentena se extendía 15 días más, trasladándose así la pantalla a la vida real, a la que cada vez se le suma una nueva temporada.

Así, poco a poco, las personas comenzaron a salir mucho menos; muchos fueron presos, muchos murieron bajo el castigo del Estado, y otros, por sobredosis de contenidos virtuales. La infodemia los fue carcomiendo lentamente por dentro, como un parásito que comía su materia gris cada día. La poca gente que salía, salía con trajes de astronauta, en los que ni siquiera el más mínimo aire podía filtrarse, con máscaras de oxígeno y guantes de amianto.

Nadie sabía si el aire quemaba, si este virus maligno entraba por la respiración, si entraba por los poros, por la nariz, por el tacto; y los medios decían todo y, a la vez, no decían nada.

La desesperación y la incertidumbre eran moneda corriente, no sabíamos si sobreviviríamos un día más. Al nacer los niños en los hospitales, se decía que ya nacían con COVID-19 y estaban destinados a morir en 14 días. 14 días era el plazo que teníamos si el virus entraba en nuestro cuerpo e infectábamos a toda nuestra familia. Todos moriríamos, no habría futuro, y así y todo, en pleno caos, nos daban tarea, que por millones no cesaba. Igual, muy pocas veces era entregada.

Empezaron los despidos masivos, las personas perdían sus puestos laborales, no había dinero para comprar alimentos y la decisión era salir a trabajar o morir de hambre. La economía comenzaba a colapsar; el dólar, en picada, ya andaba por los 147 pesos.

Lo único que mantenía vivos a los seres humanos eran los memes, los *youtubers* y los juegos en línea. Los padres gastaban el poco dinero que les quedaba en pavos y diamantes, con tal de mantener a los niños alejados de las calles, pero, al final, todo era una batalla campal, donde la zona de combate cada vez se restringía más. Todos estábamos acorralados a la espera de encontrar al impostor; ese que, en cada hogar, arrasaba con la heladera en la madrugada y se comía los restos de las provisiones que había para subsistir.

Decían que salvaríamos al mundo en pijama, simplemente sin hacer nada, pero la industria del pijama pronto desapareció. Entonces, las personas se preguntaban qué traje usarían para salvar el mundo. Luego, comprendimos que el verdadero dilema era mucho mayor: ¿quién nos salvaba de la locura diaria de tener que estar encerrados 24/7? Éramos como un pájaro enjaulado, como un león en un zoológico; y ahí entendimos que no éramos

dioses para decidir sobre la libertad o la vida de los animales y que estábamos, como ellos, encerrados, esperando la muerte.

Los *delivery* y los motochorros eran inmunes al virus. Eran los únicos que habitaban la faz de la tierra; el resto permanecía recluido en sus viviendas. Los jubilados comenzaron a experimentar ataques y empezaron a salir como zombis; salían a escondidas a tomar sol. Ellos y sus mascotas dominaban el mundo. Los animales salvajes y domésticos comenzaron a atacar a sus propios dueños, contagiando el virus y, mientras los dueños morían solos en sus casas, todas las especies –al mando del carpincho, proclamado líder de la rebelión– salieron a la calle y empezaron a saquear los supermercados. Hasta que, de un día para el otro, el sol salió y los rayos fueron tan fuertes que comenzaron a quemar a todo ser viviente que estaba en la tierra. Así, se destruyó todo, toda vida. Después de eso, en la primavera del 2039, la capa de ozono se cerró, los rayos dejaron de entrar, se restauró la vida y las personas empezaron a salir de sus búnkeres, buscando la manera de recomenzar. Pero ese es un capítulo aparte que en otra reunión familiar les contaré.

O simplemente les diré que...

Un día despertamos y la realidad parecía una película, un producto de la imaginación, de esos que solo se ven en televisión. Nuestro día a día, sin aviso, se modificó. No es una exageración, sino que, en realidad, este virus superaba la ficción. El barbijo era parte de la vida misma, un accesorio más del *outfit*. Había una llamada "nueva normalidad" que regía el mundo, una nueva forma de ver y vivir la vida. De pronto, tuvimos que adaptarnos a no salir, a distanciarnos, a resguardarnos, a protegernos, sin excepción, para poder superar la situación.

Pero, siendo positivos entre tanto caos, hubo algunas cosas buenas, como estar con uno mismo y con la familia, volverse a mirar, volverse a escuchar, compartir cenas, almuerzos, meriendas y hacer juegos y actividades. Pese a todo, el aprendizaje que esto nos dejaba era bueno. Y, sin embargo, estar en la misma aventura, sin salir del escenario ordinario, se volvía monótono y tedioso.

Fue entonces cuando aprendí que no hay que reprimir sentimientos, porque hoy estamos y mañana no sabemos. Comencé a escuchar a mi corazón y surgían deseos, como salir a correr, ir al río, conocer nuevos lugares, nadar, bailar, visitar a mis seres queridos, reencontrarme con mis amigos. Todo lo que antes parecía cotidiano se volvía cada vez más valioso. Un abrazo, por ejemplo, eso sí se extrañaba, uno de esos que rompen el cuerpo y vuelven a

armar el alma; danzar bajo la lluvia, caminar por senderos en busca de nuevos caminos... Empecé a ver lo valioso de la vida en las pequeñas cosas, en las cosas más simples, y lo afortunada que era por tenerlas en mi vida. Pero, asimismo, el miedo a la muerte, a la pérdida de un ser querido, a la posibilidad de contagiar y hacer daño a otra persona era algo que siempre estaba presente en el día a día. Tomamos todos los recaudos necesarios: barbijos, tapabocas, alcohol, lavandina, y todas las herramientas eran válidas, pero el miedo siempre estaba presente. En fin...

En este momento, el final es incierto. Sé que ahora tenemos por delante un desafío, el de transitar lo mejor posible esta etapa, no rendirnos, confiar en que la superaremos y en que estaremos mejor algún día.

El final de esta historia, hoy, no lo escribo; pero, en un tiempo, podría hacerlo, y seguro será un gran final feliz.

Qué versión contaré de eso, hoy, no lo sé. De aquí a unos años se los diré.

RELATOS DE UNA PANDEMIA

Luna María Badra

Todos estaban quietos, analizándose unos a otros con miradas frías y calculadoras, esperando la mínima muestra de vulnerabilidad de quien hubiera sido culpable de comerse lo último que quedaba del kilo de helado que habían comprado hacía ya cuatro días. El problema radicaba en quién había tenido el tupé de comerse la última porción de helado sabor dulce de leche, sin antes preguntar si alguien quería. Hasta los perros de la casa sentían la presión de su familia y se habían quedado paralizados por miedo a que, por un mal movimiento, se desatara el caos...

La pandemia los había empujado a esto. La casa se transformó en una guerra constante de opiniones, gustos, obligaciones y quehaceres. Y el hecho de que no se pudiera salir no ayudaba en nada. Al principio había sido una buena noticia, porque se pensaba que esos días serían como unas vacaciones: quince días sin salir, sin clases y sin trabajo (a excepción de los trabajadores esenciales). Eran quince días de no tener responsabilidades y todos, como ilusos, andaban diciendo: "¡Nos vemos en quince días, ja, ja, ja!". Pero esos quince se transformaron en cuarenta y después en cien, y así sucesivamente. Durante ese alargue, el esfuerzo por tratar de llevarse lo mejor posible, tener paciencia y pensar: "estamos todos en la misma posición" se convirtió en una represión de sentimientos y emociones a la que no estaban acostumbrados. Porque, si no podías objetar una orden en tu casa, después ibas al colegio y le contabas a tus amigos tu opinión y lo que te hubiera gustado responder, o ibas a fútbol, vóley, natación o a un taller de arte, música, etc., y, de alguna forma, te las ingeniabas para descargar los sentimientos. Pero, si estás todo el día encerrado en tu casa, la situación se complica y cualquier cosa da pie a una discusión. Y esta era una de esas veces, donde el solo hecho de que alguien se terminara el helado generaba una batalla familiar.

Ni la suave y alegre melodía de *Here comes the sun*, de los Beatles, lograba relajar los músculos tensos o apaciguar las miradas cargadas de furia y descontento que tenían y que no se iban a apagar hasta que se descubriera al culpable. Pero, claro, nadie lo quería admitir, porque eso implicaba tener que bancarse los gritos e insultos de la familia por un largo rato y que, después de eso, se llegara de alguna manera indescifrable a otro problema y se empezara a pelear por ese tema; y así sin parar hasta que alguno se vaya enojado a su habitación y los otros también se dispersen. Aunque la otra razón por la cual nadie admitiría haberse comido el helado sin preguntar era que el culpable se había acordado de la existencia del mismo y, como no había nadie al acecho, decidió comerlo solo porque si lo compartía con toda su familia solo hubiera alcanzado una cucharada para cada uno y eso no era suficiente para calmar las ganas de comer helado.

Para que el culpable se librara de la encrucijada, solo existía una solución: que sucediera algo inesperado y que la atención se transfiriera a esa otra cosa. Así que el sujeto en cuestión analizó todas las cosas que se encontraba a su alcance, y las llaves del auto eran una de ellas. Estaban sobre la mesa. Si se movía un poco a la derecha, podría agarrarlas y activar la alarma del auto, y nadie lo vería, ya que la columna le taparía parte del brazo y el hombro. Pero luego se preguntarían qué fue lo que pasó, entonces, la mente del culpable maquinó varias razones por las cuales podría haberse activado la alarma: un gato que caminó por el capó, el viento o una puerta mal cerrada. El responsable del acto cometido se decidió por la última excusa, donde, además, se ofrecería a salir y fijarse si alguna puerta se encontraba mal cerrada. Obviamente, diría que sí y así se salvaría de la batalla.

El causante del crimen pasó el peso del cuerpo a la pierna derecha, para estar aunque sea un poco más cerca, porque cada milímetro era necesario. Estiró los brazos y las piernas y se deslizó de una manera casi imperceptible de nuevo hacia la derecha; esta vez, un poco para adelante. Listo, ya había logrado que la columna le tapara parte del hombro y el brazo. Lo único que tenía que hacer ahora era alargar el brazo y conseguir las llaves, pero algo que no había tenido en cuenta era que las llaves son muy ruidosas, por lo que tendría que tener sumo cuidado al agarrarlas. Otra opción era solo apretar el botón, pero esto último sería más evidente. Antes de tomar esta decisión, decidió observar la habitación para ver si encontraba otra cosa que lo ayudara, y entonces vio la taza mal colgada en la pared, que estaba a punto de caerse. Se balanceaba lentamente; si pasaba el viento, la tiraría. Así que solo tenía que esperar a que se cayera y, cuando todos se dieran vuelta y se despistaran, apretaría el botón de la alarma y la atención se desviaría totalmente.

Ahora, ya no sentía solo la tensión de su familia, sino también el nerviosismo de su propia situación. Juraba estar transpirando, pero se puso firme y miró la taza con todas sus fuerzas, deseando que se deslizara y cayera. Era consciente de que no tenía poderes psíquicos, pero, a esa altura, intentaría todo lo que estuviera a su alcance. Y, como por arte de magia, la taza se cayó y lo que sucedió después fue en cámara lenta. La familia dirigió su mirada a la ya rota taza en el piso; el responsable de comerse lo último que quedaba del kilo de helado de dulce de leche disparó la alarma del auto, tiró las llaves a la otra parte de la mesa y, luego, fue a buscarlas para apagar la alarma, haciéndose el confundido. Cuando por fin se disipó el ruido, siguió con lo que había planeado y fue a comprobar "qué había activado la alarma".

Luego de esto, cada uno se fue a su habitación y no volvieron a tocar el tema. Y el causante del casi combate familiar se fue orgulloso de poder escapar de la situación, pero prometiendo no comerse nunca más la última porción del kilo de helado de dulce de leche sin preguntar antes a su familia (o, bueno, por lo menos durante la cuarentena).

**TUTORIAL GUIADO
PARA SOBREVIVIR A UNA PANDEMIA**

Matilde Ferrer

1. Lavate las manos cantando dos veces el Cumpleaños feliz o, si sos un amargado, de 40 a 60 segundos, utilizando jabón, ya que no tenemos vacuna, pero el jabón hace que el virus no se propague.
2. Utilizá el llamado barbijo, tapabocas o, como a mí me gusta llamarlo, trapo que me cubre la cara y hace que me asfixie.
3. Usar alcohol en gel –mejor dicho, plasticola– hace que te queden las manos tan pegajosas que no sabes si ayudar a tu hermanito a hacer su tarea del jardín con esto o con voligoma.
4. Desinfectá las bolsas que trajiste de afuera de tu casa. Eso sí, después de la quinta vez que fuiste al súper, ya te hartás, pero lo seguís haciendo, por si acaso. Entonces, vas menos al supermercado, porque el bajón de desinfectar todo es impresionante.
5. Bañate. Ya sé que suena estúpido, pero, lo creas o no, la gente no se baña, porque no se ve con otras personas. Bañate, te hace bien; hacelo por el bien de tu familia y el de tu mascota.
6. Buscá series y películas para ver, porque, si no, te vas a morir del aburrimiento en vez de por coronavirus.
7. Hacé ejercicio, por el bien de tu cuerpo; ¡por favor!, movete, no te quedes todo el día sentado.
8. Ponele traba a la heladera y a la alacena, así no comés al pedo. Porque, creeme, vas a comer al pedo, vas a comer de más y no te va a gustar.
9. Pagá por un buen wifi, porque no vas a disfrutar de una linda estadía en tu casa si hacés lo contrario. Yo vivo eso todos los días desde que empezó la cuarentena.
10. Buscate un lugar tranquilo para trabajar y/o estudiar, porque el living, mientras en tu casa se ve la telenovela, tu viejo y vieja trabajan y tu hermano juega a los jueguitos en la compu, no es un buen lugar.
11. Hacé la tarea del cole en tiempo y forma, porque no es muy lindo estar hasta las 3 a. m. haciendo trabajos en Excel, PowerPoint y Word que tenés que entregar en la clase de mañana.
12. Hacé videollamadas, porque, si no, no vas a saber cómo relacionarte con otras personas y tampoco vas a acordarte cómo se veían.

13. Bañate, te lo recuerdo de vuelta. Por el bien de tu cuerpo, pegate una ducha cada tanto, ¡por favor!

14. Usá otra ropa además del pijama. Ya sé que cuesta sacárselo, pero... bueno, para éste no hay argumento, pero... para parecer más humano, ¡qué sé yo!

15. Remodelá tu casa. Nunca lo ibas a hacer. Aprovechá el tiempo al pedo y, si no tenés un mango, hacelo todo vos: con un cajón de frutas, tenés un estante; mové las cosas de lugar, ¡no sé!; cambiá algo de tu casa/cuarto/living.

16. Mantené los dos metros de distanciamiento social. Si de por sí ya sos un antisocial, esto no va a suponer un problema para vos, sino un alivio; en el caso de que seas una persona extrovertida, mantené la distancia y abrazá una almohada cuando te sientas solo.

17. Escuchá música, encontrá un nuevo género, no escuches lo mismo siempre. Aprovechá, que la música va a ser tu mejor amigo, ya que a tus amigos de verdad (si es que los tenés) no los vas a poder ver por mucho tiempo; así que aprovechá, que a esto sí lo podés, como mínimo, escuchar.

18. No pagues Zoom Premium, no te conviene. Después de que se te pasan los 40 minutos, volvé a entrar al mismo link. No gastas plata y podés estar más tiempo hablando.

19. Si pintó estornudar en un lugar público, hacelo en tu brazo. Por dos razones: una, para no contagiar a los otros y, dos, porque es un asco estornudar en el aire. Si querés toser, te la aguantás hasta llegar a tu casa, porque si no te van a mirar con unas caras en el lugar en el que estés...

20. No te toques la cara con las manos. Parece una tarea fácil; bueno, no lo es. Aunque no nos demos cuenta, siempre nos tocamos la cara, todo el tiempo. Va a ser lo más difícil que hagas en tu vida.

21. Ventilá tu casa. Hay un único problema con esto: como vivimos en un país donde, además de coronavirus, hay dengue, esto no es tan recomendable. Así que hacele caso al que más miedo le tengas.

22. El más triste de todos estos tips es este: NO COMPARTAS MATE. Ya sé, es como pecar; pero, bueno, así lo recomiendan, no hay con qué darle.

23. Si viajaste a algún lugar fuera de tu provincia, tenés que estar con cero contacto por 14 días. Además de que te tenés que hacer un hisopado, la cosa más horrible del mundo; no se los recomiendo.

24. No pienses en viajar, eso solo va a hacer que te deprimas más. Tampoco pienses en enero, eso también te va a bajar demasiado.

25. Antes de salir, no te olvides de lo importante. La lista, antes, era más corta: celular y llaves; ahora es: celular, llaves, cartera, alcohol en gel, barbi-jo, traje contra la radiación, etc.

26. Aprendé a tocar un instrumento; mejor si es por videollamada, ya que, si sos muy malo, vos y tus amigos no van a parar de reír por un rato largo.

27. No veas páginas de ropa, porque, si te llegás a tentar, no hay vuelta atrás, y tu bolsillo lo sufrirá.

28. A las tres de la mañana, cuando pinte el bajón, no veas videos de comida. No te olvides que no hay ni un poco de jamón en la heladera.

29. No es recomendable seguir a gente que vive en Europa, porque ellos están más de joda y playa, mientras que nosotros estamos encerrados.

30. No te alarmes si te duele la garganta, es solo tu histeria que hará que pienses que tenés COVID-19 cada dos minutos.

Todo esto hay en este libro: cuentos, reflexiones, pequeños ensayos, textos filosóficos que tienen amores comunes: esas danzas que nunca terminan entre el amor y el dolor, la duda y la incansable pregunta, lo visible y lo no visible, el miedo y la esperanza. Textos jóvenes. Textos hechos de esa juventud. Repletos de esa juventud. En sus personajes, sus ideas, en su humor, en su pesar y en su liviandad. Textos que muestran que no todo es como parece, y que hay una voz con ganas de ser escuchada. La voz de escritores y escritoras que están naciendo y que tienen mucho para decir.



nos
llevamos
mejor



**DEFENSOR
DEL PUEBLO**
de la Provincia de Córdoba



“Todo puede ser de otra manera” - Relatos de jóvenes en pandemia

